

KAIROS

REVISTA DE CULTURA Y CRITICA ESTETICA

SUMARIO:

CARLOS ASTRADA

Marcuse y la sofística contemporánea

ALFREDO LLANOS

La persecución contra el gaucho y su despojo según el poema de Hernández

CARLOS A. MONTANO

Lo nacional y el nacionalismo

DIRECCION:

Una carta de Ferns sobre la frustración del desarrollo argentino

•
Crítica del programa del Movimiento en Defensa del Patrimonio Nacional

OBRAS, TEMAS E IDEAS: Los Manuscritos Económicos filosóficos de 1844, José M. Rosa y el révisionismo, Zeller y la filosofía griega, Nadra y las vías de la Revolución pacífica. El fracaso de la economía liberal. La explosión demográfica. La visión dialéctica de los filósofos jónicos. Un trabajo útil sobre las Malvinas.

—
AÑO II

•
NUMERO

5
—

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1968

kairós

REVISTA DE CULTURA Y CRITICA ESTETICA

Publicación Cuatrimestral

Registro de la Propiedad Intelectual N° 944109

AÑO II

N° 5

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1968

Director: ALFREDO LLANOS

No se admiten colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados

Los artículos y notas firmados, que no pertenecan a la Dirección, expresan la opinión de sus autores y no, necesariamente, la de la revista

La correspondencia debe dirigirse a nombre de:
ALFREDO LLANOS, Casilla de Correo N° 3908,
Correo Central - Buenos Aires

PRECIO DEL EJEMPLAR: 120 PESOS

SUSCRIPCION ANUAL: \$ 350.—

PARA EL EXTRANJERO: 2 DOLARES

FEDERACION GRAFICA BONAERENSE

Balcarce 1256

Buenos Aires

Marcuse y la Sofística Contemporánea

por CARLOS ASTRADA

DESTINO DE LAS IDEAS DE RAZON Y LIBERTAD

La situación histórica concreta que ha dado lugar al antagonismo entre capitalismo y "comunismo" con su trasfondo, nos conduce a abocarnos a los dos grandes problemas, el de la libertad y el de la razón, tales como ellos fueron planteados y encontraron respuesta en la línea filosófica Hegel-Marx. Para lo primero, cabe aducir un testimonio idóneo y, para lo último, enfocar críticamente, en una síntesis final, las conclusiones a que sobre el mismo llega Herbert Marcuse. En el post-facio de 1954, de su libro *Reason and Revolution*, New York, 1941 (incluido en la edición inglesa de 1955), Marcuse, acerca de aquel antagonismo, escribe: "...El Estado soviético se transformó en una sociedad altamente racionalizada e industrializada, fuera del mundo capitalista y llegó a ser bastante poderosa para competir con éste de acuerdo a sus propias condiciones, desafiando al monopolio del mundo capitalista sobre el progreso y su pretensión de configurar el futuro de la civilización. El mundo occidental contestó con la movilización total. Y esta movilización complementaba los controles nacionales e internacionales sobre las zonas de peligro de la sociedad. El mundo occidental se unió en una medida hasta ahora desconocida en su larga historia". Ciertamente, acerca del alcance de tal movilización y el manejo de "los controles" a ella accesibles, Marcuse tenía buen motivo para saberlo, pues de 1942 a 1952 fue jefe de sección en el *Office of Strategic Services* en la Universidad de Columbia y en el Departamento de Estado en Washington D. C.; después colaborador científico y docente en el *Russian Institut* de la Universidad de Columbia, como también en el *Russian Research Center* de la Universidad de Harvard.

Lo que nos interesa, tempero, es la interpretación del concepto hegeliano-marxista de la libertad y de la razón que nos presenta Marcuse, pues aquélla puede ser un resultado de su acervo informativo. La conclusión que él extrae se articula perfectamente en el canto del cisne que les hace entonar a la libertad y la razón, las que, según Marcuse, sólo pueden ser concebidas como utopía. Hagamos notar, antes de algunas acotaciones críticas, que Marcuse, al igual que Kojève, reduce el escenario del proceso histórico universal, computando dentro de él sólo como factores decisivos a Estados Unidos, el Occidente eu-

ropeo y la Unión Soviética. Este estrechamiento de la perspectiva histórica lleva a conclusiones parcializadas, sin asidero válido. No se puede desconocer que la historia se ha universalizado y que el pensamiento filosófico ha operado una apertura hacia el acacer total. Estamos ante las exigencias de un pensamiento planetario que Marx ha sido el primero en proclamar.

Marcuse 1954 afirma: "La libertad se encuentra en retirada tanto en el dominio del pensar como también en el de la sociedad. Ni la idea hegeliana de la razón ni la marxista se ha aproximado a una realización; ni el desarrollo del espíritu ni el de la revolución accede a la teoría dialéctica tenida en vista". Y con esta afirmación, harto expeditiva y anidialéctica, Marcuse ancla en una concepción de la liberad y de la razón como utopías, aún más objetable. En ella se prescinde llana y simplemente de las mediaciones dialécticas, como anotaremos luego en una consideración algo más circunstanciada. Parece que Marcuse se rehusa a ver lo que, en el proceso de progresiva realización de la libertad y de posible racionalización de lo real, tiene que percer y lo que en lugar de ello, nace y está llamado a superarlo dialécticamente. Pero Marcuse 1941 ha ya refutado a Marcuse 1954: "Por medio de la dialéctica, la historia había llegado a transformarse en una parte constitutiva de la razón. Hegel había mostrado que las fuerzas materiales e intelectuales de la humanidad se habían desarrollado con bastante amplitud para, conforme a la praxis social y política, reclamar la realización de la razón. La filosofía misma alcanzó así su directa aplicación en la teoría de la sociedad y en la praxis con lo cual éstas no eran alguna fuerza externa a aquélla, sino posesión de su legítima herencia. Si por encima y más allá de esta filosofía tenía que haber algún progreso, ello había de ser un paso más allá de la filosofía misma, un paso que, a la vez, fuese más allá del orden social y político, con el cual la filosofía había ligado su suerte". Aquí nos entendemos con Marcuse. Es la temporalización, mundanización de la filosofía, enunciada por Marx en su Disertación Doctoral.¹

También Marcuse 1928 tenía razón contra Marcuse 1954, cuando —en su ensayo *Beiträge zu einer Phänomenologie des Historischer Materialismus*— escribía: "El marxismo es la teoría de la revolución

1) La reacción del sistema filosófico (pensaba en el de Hegel) con el mundo es una "relación de reflexión", del reflejar (en el sentido físico). "Apasionado por el impulso de realizarse entra en tensión con lo que difiere de él ("lo otro")... Lo que era luz interior se transforma en llama devoradora que se vuelve hacia fuera. Así, la consecuencia es que el devenir filosófico del mundo es al mismo tiempo un devenir mundano de la filosofía, y que su realización es, a la vez, su pérdida", (es decir, que su superación la conserva transformada). *Differenz der demokratischen und epikureischen Naturphilosophie*, pág. 80, Jena, 1964.

proletaria y la crítica revolucionaria de la sociedad burguesa. El vive en la indestructible unidad de teoría y praxis, ciencia y acción, y toda investigación marxista debe conservar esta unidad como el más alto hilo conductor".

Precisamente en este trabajo primerizo, de fecha anterior a la segunda guerra mundial, Marcuse se anticipó varios años a la *melange* de hegelianismo y fenomenología de Sartre y Merleau-Ponty, y partiendo de las posiciones de Husserl y Heidegger, principalmente de la de este último, trató de integrarlas desde el punto de vista de la dialéctica materialista. Marcuse, discípulo de Heidegger e influido por Dilthey, establece un nexo entre la ontología existencial heideggeriana y el materialismo histórico, acentuando entre otros el aspecto de la praxis social. *Sein und Zeit* radicaliza la problemática de la filosofía burguesa —lo que en el fondo implica la disolución de ésta— y es también una radicalización de la conciencia histórica.

Heidegger polemiza contra el historicismo porque sobre la base de la historiografía del *Dasein* se intenta enajenarla de la historicidad propiamente dicha que, según aquél, la caracteriza. En este punto entronca la interpretación de Marcuse, tendiente a una interpretación dialéctica materialista del *Dasein*; se trata de complementar la ontología existencial con una fenomenología dialéctica. El concepto de *Dasein* es enteramente neutral en Heidegger. Pero interpretado histórica y ontológicamente, con referencia a la "situación fundamental", definida por Marx, en que se encuentra el hombre como ser histórico, el *Dasein* es también, en su concreción humana, social económico, ideológico y espiritual.

En un trabajo posterior de Marcuse —el de habilitación—, poco conocido: *Hegels Ontologie und die Grundlegung einer Theorie der Geschichtlichkeit*, 1932, en el párrafo final de "Introducción" se lee: "Lo que este trabajo pueda acaso contribuir a un desarrollo y clarificación de los problemas, lo debe al ensayo filosófico de Martín Heidegger". En este libro aparece bien acentuada la filiación heideggeriana de Marcuse, y aun en ensayos posteriores están más de una vez presentes las categorías (los existenciales) de *Sein und Zeit*. En la crítica de Marcuse de la sociedad industrial y de la tecnología se percibe claramente un eco de la posición de Heidegger frente a la técnica. Para éste, el viento de la amenaza atómica "sopla del Oeste no menos fuerte que del Este"; el "olvido del ser" (el ser "es lo digno de ser pensado") proviene de la irrupción de la técnica, pues el ruido de las máquinas no nos deja oír la "voz del ser" ni colocarnos bajo su "tutela". También para Marcuse (aunque no invoca el "ser" heideggeriano) la técnica ha interceptado el destino del hombre: la sociedad industrial, considerada en su unidad tecnológica (U.S.A. y

U.R.S.S.) ha liquidado las ideas de razón y de libertad; la *ratio* tecnológica ha devenido una lógica política de la dominación y el poderío omnímodo sobre los hombres, hasta el extremo que hace imposible su liberación. Tanto Heidegger como Marcuse no toman en consideración las grandes mutaciones sociales acaecidas en nuestra época y sus consecuencias, y la postulada mediatización de la técnica merced a la construcción de la sociedad socialista. Han paralizado su enfoque, reduciéndolo a lo europeo (o a lo euro-asiático), sin tener en cuenta un hecho de verdadera trascendencia histórica: el despertar de Oriente, la etapa que se inicia con la guerra revolucionaria y las guerras de liberación nacional de los ámbitos colonizados, lo que da una dimensión planetaria al acaecer histórico.

Marcuse acude precisamente a las ideas enunciadas por Heidegger sobre la técnica para fundamentar su tesis del *apriori* tecnológico, el que nos permite bosquejar la naturaleza como medio potencial, como materia para la organización técnica. Aduce, entre otros enunciados de Heidegger, el que éste formula en el ensayo sobre Rilke (*Wozu Dichter, en Holzwege*, pág. 268): "En general, la utilización de maquinarias y la fabricación de máquinas no es todavía la técnica misma, sino sólo un instrumento adecuado a ella para la organización de su dispositivo esencial en lo concreto de su materia prima".

Como hemos visto, para Marcuse, la libertad se encuentra en retirada y la idea de la razón muy lejos de su realización. ¿Cuáles son los factores o potencias que han creado esta situación de *impasse* para ambas ideas rectoras del hombre y de la sociedad? Marcuse nos da la siguiente explicación: "La razón en su más profunda esencia es contradicción, oposición, negación, mientras la razón aún no es real. Si la fuerza contradictoria, oposicional y negativa de la razón es quebrada, entonces la realidad se mueve bajo sus propias leyes y despliega, inobscurecida por el espíritu, su poder represivo. Una tal derrota de la potencia de la negatividad acompaña de hecho al progreso de la última civilización industrial. Con la concentración y eficacia en aumento de los controles económicos, políticos y culturales, la oposición en todos estos dominios ha sido aplacada, integrada o liquidada. La contradicción ha sido absorbida por la afirmación de lo positivo". Según esta taxativa conclusión, la libertad y la razón —en su troquel hegeliano, sin exceptuar el marxista— han cerrado el despliegue hacia su posible realización. Marcuse le expide el certificado de defunción a la razón. El agente homicida estaría constituido por la "revolución tecnológica", los "controles" "económicos", "políticos", "culturales", "el progreso de la última revolución industrial". Todos estos factores habrían interceptado la posibilidad de realización de la razón y paralizado su lento y progresivo avance.

FORMAS DE REALIZACION DE LA LIBERTAD

En lo que respecta al ensayo de Marx por fundamentar la idea de libertad y definir de nuevo la de la razón, integrando en ésta los factores económicos, Marcuse se pregunta: "¿Ha sufrido un destino semejante al otro ensayo, el marxista, por determinar de nuevo a la razón?. La respuesta que nos da es afirmativa. Examinemos brevemente, en su orden, estos dos conceptos medulares del espíritu en su proyección a la realidad histórica. En primer lugar, la libertad obedece también a un proceso dialéctico; no cabe pensarla realizándose de golpe y de una vez por todas. Su dinámica está condicionada por la efectividad de la negación de las resistencias que se le oponen. Estas pueden ser grandes y dar origen a un retroceso de la idea de la libertad en lo individual y en lo social. La réplica de la libertad a esta situación suele ser —así lo atestigua la historia— el salto cualitativo en el que, aunada a otros factores decisivos, abre el camino a su avance.

Sabemos que, desde el punto de vista del idealismo objetivo, la libertad ha sido fundamentada por Hegel en una instancia meramente cognitiva; se trata del "progreso en la conciencia de la libertad". Para Marx, en cambio, la libertad ha de tener en lo social y en la transformación revolucionaria infraestructural su base real. La idea correlativa de la realización —siempre aproximativa— de la libertad es la de un orden social justo. Y éste ha de ser obra exclusiva de los hombres sin intervención de ningún poder trascendente, ni la de ninguna necesidad inexorable, llamada a incidir desde fuera o desde dentro sobre el destino de los hombres y el advenimiento de la sociedad a un orden justo. Marx ha excluido del proceso dialéctico incluso la existencia de una necesidad férrea, coactiva. Sólo juega un papel decisivo la categoría dialéctica de la necesidad en un régimen económico, como el capitalista, cuyas fuerzas productivas no podían desarrollarse más, y cuyo interno antagonismo, origina una escisión de su base y la irrupción revolucionaria de nuestras relaciones de producción.

La esencia más profunda de la razón y su apertura a la libertad es efectivamente la negación que ella entraña, se decir, una actividad dialéctica que le es consustancial. Considerado dialécticamente el problema de la libertad, lo primero que cabe comprobar es que hay diferentes formas históricas de la libertad, plasmaciones de su inabordable onato por mantenerse en constante proceso de génesis. Ella, a través de sus nuevas concreciones dejó muy atrás al esclavo de la cultura antigua y al siervo de la gleba. La libertad troquelada por la sociedad burguesa, en función de sus exclusivos intereses económicos, no es la libertad peticionada por el proletariado, el protagonista de la nueva

gel, el desarrollo parte del ser y se realiza para la esencia. Tal desarrollo, en la *Ciencia de la Lógica* corresponde a los acápites "cualidad", "cantidad", "medida". En cambio, Marx parte de la mercancía, el verdadero ser de la economía política. La mercancía se despliega en capital recorriendo los estadios mercancía-dinero-capital; la cantidad tiene su expresión en la mercancía, la cualidad en el dinero, y la medida es la mutación del ser en la esencia, y se puede compararla con la transformación del dinero en capital. La esencial diferencia metodológica entre Hegel y Marx reside en que éste no parte, como Hegel, de una construcción abstracta de la existencia,⁴ que comienza en la nada y llega al autodesarrollo del pensamiento, sino que su punto de partida son los hechos, es decir, el ser dado y determinado de la sociedad capitalista. Sobre esta línea del ser concretamente histórico ha de realizarse la apertura para la libertad del hombre mediante la praxis revolucionaria, que va configurando el futuro.

En Hegel, las contradicciones se unifican, se concilian en el ser; en Marx, en cambio, las contradicciones alcanzan su unidad antagónica en la esencia, y de este modo se produce el cambio de las modificaciones cuantitativas en mutaciones cualitativas, como resultado de la negación. Respecto a ésta, su empleo concreto por Marx nos previene ya contra la usual adulteración de su significado. "El modo capitalista de apropiación que ha surgido del modo capitalista de producción es la primera negación de la propiedad privada individual, fundada en el propio trabajo. Pero la producción capitalista engendra con la necesidad de un proceso natural su propia negación. Es la negación de la negación. Esta no restablece la propiedad privada, pero sí la propiedad individual sobre la base del progreso de la era capitalista; de la cooperación y de la propiedad común de la tierra y de los medios de producción creados por el trabajo mismo". Esta es la única vez que Marx, en todo *El Capital*, habla de la negación de la negación, dándole un significado bien preciso.

La realidad histórica, en Hegel, deviene el movimiento de las estructuras lógicas hipostasiadas que llevan en sí el germen de su propia superación. El concepto de realidad como resultado procesal, tanto en lo atinente a la naturaleza como a lo dado históricamente nos indica la salida para las aporías que habían quedado reclusas en su sistema. En acepción hegeliana la verdadera realidad es siempre un resultado sujeto a devenir en un doble sentido. Tal resultado, en el primer sentido, es la historia como superación y transformación de lo dado natural-

⁴ Existencia, explica Hegel, "no es mero ser" (*Sein*), sino estar (*Dassein*), tomado etimológicamente, ser en un determinado lugar". (*Wissenschaft der Logik*, Bd. I., lib. 1, cap. 2, A. a).

mente, o sea un cambio que niega y conserva; y en el segundo sentido: la historia como superación de lo histórico dado históricamente. Esta superación se realiza en ciencia (y técnica), religión, arte, momentos que, para Hegel, quedan recogidos en el "espíritu absoluto". Para Marx, en cambio, tal superación se realiza en la instancia de lo histórico real.

La revolución tecnológica y su consecuencia, la última (segunda) revolución industrial, no son un estado tope y definitivo, que clausure el proceso histórico contemporáneo. Además —y sin entrar en el problema, ya planteado, de los límites de la técnica— el progreso tecnológico, la "producción en masa", "la democracia de masas", la burocratización de las organizaciones sociales, no significan, como piensa Marcuse, la abolición de la razón como negatividad creadora, dejando sólo expedito el camino a la utopía, es decir a la frustración de la razón misma y de la libertad. El último libro de Marcuse, *Der eindimensionale Mensch*, (Neuwied, 1967, ed. inglesa *The one dimensional Man*. Boston, Massachussets, 1964), es una especie de epílogo en el que la utopía se identifica, por *contradictio in adjecto*, con el renunciamiento a toda esperanza acerca del ulterior destino de la razón.

En su análisis de la sociedad industrial, Marcuse no tiene en cuenta un factor decisivo. Su determinación de la ciencia, la técnica, la burocracia y el capitalismo como instrumentos de dominación y poderío —instrumentos que encuentran su común denominador en la "racionalidad tecnológica"— prescinde injustificadamente, de hecho, que el modo de producción capitalista, en la forma del mecanismo del provecho, posee constitutivamente su propia dinámica; esto es, fomentar el aumento de la riqueza producida como medio para la acumulación del capital. Marcuse deja sin resolver la cuestión cómo se comportan entre sí la "racionalidad tecnológica" unidimensional y los antagonismos estructurales del capitalismo. Además, no es consecuente con su tesis de la *unidimensionalidad* desde que sigue ateniéndose a la concepción tradicional, es decir, al antagonismo entre fuerzas productivas y relaciones de producción; antagonismo que hoy como en el pasado tiene vigencia en el capitalismo. El principio conductor, en el proceso económico, continúa siendo ahora como antes el mecanismo del mayor provecho. Esto lo reconoce expresamente el propio Marcuse: "Aun en el capitalismo más altamente organizado se mantiene como reguladora de la economía la necesidad social conforme a la apropiación privada y a la distribución del provecho. Esto significa que el capitalismo vincula además la realización del interés general con los viejos y conocidos intereses particulares. Procediendo así él se sitúa frente al conflicto entre el potencial creciente para satisfacer la lucha por la existencia y la necesidad de intensificar esta lucha; entre la progresiva superación del

trabajo y la necesidad de mantenerlo como fuente de provecho”.

Según Marcuse, desde el fin de la segunda guerra mundial las contradicciones socio-económicas dentro de la sociedad capitalista están en suspenso. Ello es el resultado de “una conciliación o convergencia de las oposiciones”. Marcuse ve las causas determinantes de la actual formación de la sociedad capitalista tardía y sus tendencias de desarrollo en otras dimensiones no económicas, principalmente en la situación conflictual entre países capitalistas y países socialistas, asumiendo este antagonismo las formas dominantes de lo que él llama “racionalidad tecnológica”, la que en definitiva se transforma en “racionalidad” política y ésta se presenta como una “lógica” del poderío y de la dominación. Para Marcuse pareciera que las fuerzas en fermentación de los pueblos subdesarrollados y hambrientos no son computables en el desarrollo del proceso mundial. Tampoco sospecha —o lo elimina de sus cálculos— el futuro enfrentamiento planetario de los ámbitos colonizados y los países sobreindustrializados.

Según Marcuse, las situaciones conflictuales y de competición frente a los países socialistas actúan como fuerza estabilizadora del capitalismo tardío. La mera existencia de un sistema social que pretende ser el heredero histórico del capitalismo monopolista y que se dispone a alcanzar la capacidad de rendimiento de éste y hasta sobrepassarla, representa el desafío global al mismo. También la transformación de los antagonismos internos de la sociedad capitalista en conflictos de política internacional (externos) llegan a ser fuertes estímulos para la expansión económica y el progreso técnico. Uno de esos estímulos sería, para Marcuse, la carrera cosmonáutica. Pero éste reduce todo a la oposición entre el capitalismo y el mundo socialista industrializado. Olvida, pues, los ámbitos étnicos subdesarrollados bajo la explotación económica y financiera del neocolonialismo. Los antagonismos son mucho más hondos y extendidos que lo que imagina Marcuse. Este se rehusa a reconocer en el estado de rebelión de los pueblos subdesarrollados y explotados el factor revolucionario más explosivo, el que, a corto plazo en la perspectiva histórica, llevará al enfrentamiento planetario entre los países colonizadores y los colonizados y subyugados.

Marcuse apunta la posibilidad de una “técnica de la liberación”. Queda abierto, empero, el interrogante si un cambio en la dirección del progreso técnico basta para concretar el concepto de una tecnología revolucionaria cuyo total instrumentalario pueda ser mediatizado al servicio de necesidades humanas. Por contraste con esta prognosis en apariencia optimista, también él sostiene la módica y hoy difundida tesis del “fin de la historia”. El fin de la historia es asimismo el fin de la utopía. Antes, para Marcuse, la utopía era una especie de cuerpo astral cuya función era absorber la luz de las ideas de razón y libertad,

las que habían sido interceptadas por el progreso de la sociedad industrial. Se trataba, pues, de un utopismo trascendente, pero no tanto como para no llegar a esfumarse con el “fin de la historia”. Como la utopía fue secretada como *Ersatz* de la razón y de libertad por el proceso de la historia, con el fin de ésta ella pierde toda su vigencia. En consecuencia, el sistema industrial que nos anuncia Marcuse está privado de historicidad; sus artilugios, en su perfección estática, se han sustraído a la temporalidad.

En el universo tecnológico unidimensional de Marcuse —universo estacionario, ya que la historia ha tocado a su fin— los hombres llevarían una feliz existencia parasitaria. Ellos devendrán los parásitos de los grandes y pequeños animales de la fauna mitológica del acero y del material plástico. Y una de las grandes soluciones que él preconiza para superar las contradicciones del mundo moderno, del capitalismo tardío, es la comunidad de intereses entre los países ricos, dirigida contra los países pobres. Un ejemplo de esta comunidad ejemplar y altruista es el acuerdo temporario de U.S.A. y la U.R.S.S. Acuerdo temporario (i) porque el “fin de la historia” parece ser un fin a plazos, en cuotas a determinar.

El proceso discursivo a través del cual tratan de fundamentarse las tesis de Marcuse es un laberinto; en cada trecho surge una *impasse* y con ésta una serie de contradicciones. En el fondo, su concepción es un tardío retoño de las teorizaciones sobre la tecnocracia. Ella está estrechamente emparentada con la ultraconservadora “teoría de la época contemporánea” de Hans Freyer. Levantar los pilares de una más avanzada —y presuntamente invulnerable— tecnocracia es, en concepto de ambos, la misión asignada a la ciencia y a la técnica en el sistema social del industrialismo de signo capitalista. A su tesis del “fin de la historia” —semejante en su formulación a la de Kojève— Marcuse trata de fundamentarla tecnológicamente en la categoría de las fuerzas productivas. La liberación que promete el progreso técnico no es posible y todo este proceso de la sociedad industrial desemboca en el “fin de la historia” y con el fin de ésta también adviene el “fin de la utopía”. La razón que aduce Marcuse tiene carácter asertórico: “Todas las fuerzas materiales e intelectuales que pueden ponerse en juego para la realización de una sociedad libre existen, están disponibles. Si ellas no son puestas en juego es exclusivamente atribuible a la movilización de la sociedad subsistente contra su propia posibilidad de liberación”. Cabe preguntar a Marcuse, ¿a estas fuerzas disponibles para la liberación, quien las dirige e instrumenta? Sin aclarar esta cuestión, su tesis no puede pretender validez alguna. Si se trata de la marcha inercial de las cosas, de la movilización del aparato técnico, sin una praxis conductora, no puede hablarse de liberación ni de libertad.

En síntesis, centrándose en una concepción socialista, como él lo hace, escinde el socialismo en tecnicismo y utopismo. Fetichiza la negación de lo existente —del primado de lo tecnocrático— y por esta posición recae en una instancia que precisamente Marx ha superado. La *grosse Weigerung* de lo existente de que enfáticamente habla es una errata. Sin decisión fundada en la libertad y en una meta racional no es posible ninguna recusación operante.

Marcuse —a quien debemos un aporte positivo en la investigación marxista, sobre todo en lo relativo a los primeros escritos de Marx, señalamente los *Manuscritos* de 1841 —desemboca, como la señala R. Steigewald, en una “dialéctica de la desesperación”. Esta dialéctica es tan infundada como la esotérica esperanza a que se aferra E. Bloch. Es “la esperanza en la dialéctica con la mediación del devenir histórico”. La esperanza, como expectativa del espíritu carece de virtud operante, como por el contrario es el caso de la praxis. Según Bloch hay un primado de la utopía con respecto a lo real en devenir, lo que no está aún concluso tanto en su fundamento como en su horizonte. “De modo tal que a base de esto se puede decir: lo real posible con la suficiente mediación, por consiguiente la *novedad con la mediación dialéctica - materialista*, proporciona a la fantasía utópica su segundo elemento, su *correlato concreto*: lo que está fuera de un mero fermentar, de una efervescencia en el ámbito interno de la conciencia” No hay, pues, en nuestro concepto, una “voluntad de utopía”, como quiere Bloch, adjudicándole a ésta un primado sobre lo real, sino una *voluntad de realidad*, insita en toda praxis, que *in-ide operante en las posibilidades immanentes* de lo real en devenir. La utopía cobra su verdadero significado sólo en función de la praxis aplicada a la *posibilidad* de una realidad deviniente. (Acercas de este problema, remitimos al lector a nuestro ensayo *Realismo de la Utopía*, en “Kairos” N° 4). Más abstracta que la simple realidad fáctica es la utopía como mera esperanza movilizadora por el profetismo, el misticismo y el marxismo en confusa simbiosis. Hay que invertir los términos: no es lo real lo que deviene utopía, sino la utopía, realidad. A la utopía —sobrepasada en su último avatar como “socialismo utópico”—, que es hija primogénita de la realidad, la hacen ahora su hijastra. La Cenicienta de la filosofía, apta para un barrido “dialéctico-materialista” como para un fregado de los tabernáculos de la mística y del profetismo. Sus devotos la proclaman princesa, pero la adornan con collares de abalorio, que ellos dicen de perlas y brillantes.

En síntesis, estamos frente a una temática, abigarrada e inconsistente, de epígonos, la que involucra ingredientes heteróclitos, de difícil soldadura: protetismo, marxismo, utopismo, magia, misticismo, antropologismo solipista. Es la sofística contemporánea —de inspiración anárquica— sin el

nivel de la gran sofística griega. Tal es la postura de los Bloch, Lukács, Marcuse y Sartre, y otros de menor formato.

Con relación a esta sofística contemporánea ya nos hemos referido sucintamente a E. Bloch. Podemos ahora, de paso, ejemplificar con la posición existencialista de Sartre, El caso de Marcuse, más serio y complejo, ya lo hemos tratado con mayor detalle.

Sartre pretende nada menos que corregir y completar el marxismo (el de Marx), que en sus principios y en su método es una apertura sobre lo real y concreto. Aquél propugna una “dialéctica histórica”, apoyándose, según él, en Hegel; en realidad en el Hegel interpretado por Kojève. Sostiene Sartre que el marxismo sin su “existencialismo” es algo trunco, por no tener en cuenta una indispensable concepción del hombre. El marxismo “ha perdido enteramente la conciencia del sentido de lo que significa un hombre”. A la dialéctica marxista, Sartre trata de oponer una serie de dialécticas en nombre de la “verdadera dialéctica”; postula “una dialéctica capaz de adaptación”.

¿Qué es este “existencialismo” que viene a salvar dialécticamente al marxismo? El ha surgido de la errónea interpretación que hace Sartre de la filosofía de Heidegger, verdadera *gaffe* de la que ha nacido el mó dico “existencialismo francés”. El dislate de Sartre se ha originado en el hecho que éste no ha comprendido el significado que las palabras entrecornilladas tiene en Heidegger. Para éste, el *Dasein* no tiene esencia, y cuando se refiere a la “esencia” o “sustancia” del *Dasein* escribe ambas palabras entre comillas.

El “existencialismo” de Sartre es la reiteración de un viejísimo lugar común, la diferencia escolástica de *existentia* y *essentia*. Con razón dice Heidegger que “la proposición principal del existencialismo” (la primacía de la *existentia* sobre la *essentia*) no tiene lo más mínimo que ver con el principio de *Sein und Zeit*... , pues en éste “no puede ser expresada una proposición sobre la relación de *essentia* y *existentia*”. Heidegger bien hace notar que invertir una relación no es modificarla. Si Sartre se pone el saco al revés, se trata del mismo saco, y no de otro.

Sartre al postular la integración de la doctrina de Marx con una antropología “existencialista” va detrás de un fantasma, de una vacua fantasía del siglo XVIII, que Marx, en su *Einführung zur Kritik der politischen Oekonomie*, ha ahuyentado con su crítica. Se trata, como escribe Marx, de “la apariencia y sólo de la apariencia estética de las pequeñas y grandes robinsonadas. Es más bien la anticipación de la sociedad burguesa... En esta sociedad de la libre concurrencia aparece el individuo desprendido de los lazos naturales, etc., los que a él en épocas anteriores de la historia lo hacen parte accesoria de un determinado y limitado conglomerado humano. A los profetas del siglo XVIII, se les aparece el individuo de este siglo como ideal, cuya existencia es ya pretérita. No como

un resultado histórico, sino como punto de partida de la historia... Esta ilusión ha sido propia hasta ahora de cada época". Esto explica la *petite robinsonada* a que ha sucumbido Sartre con su peregrina petición de una antropología para el marxismo; tales fantasmas sólo obseden a los que no conocen bien la crítica de Marx.

Esta temática de los sofistas contemporáneos carece de universalidad. Ellos representan el último y mortecino arder de la llama del pensamiento europeo. Por haber estrechado su perspectiva mental no contemplan los incisivos problemas que plantea el acontecer histórico mundial, los que exceden en mucho el radio exclusivamente europeo de su enfoque filosófico. La precedente promoción filosófica burguesa tiene, a pesar de la diferencia entre sus representantes, una línea problemática coherente y unitaria, con altibajos sin duda, y siempre susceptible de ser considerada y discutida con los necesarios recaudos críticos.

Aquella está constituida por Bergson, Scheler, Hartmann, Husserl, Heidegger. La posición de este último se abre hacia un pensamiento planetario "la esencialidad en lo histórico del ser" (*Brief über den "Humanismus"*), y preconiza, en el plano de una futura cultura universal, una síntesis de Oriente y Occidente, a través de una Europa renacida, es decir, que haya superado su actual decadencia (*Der Spruch des Anaximander*).

(Parte del libro de Carlos Astrada: *Dialéctica e Historia: Marx-Hegel*, que Juárez Editor S. A. publicará el año próximo).

La persecución contra el gaucho y su despojo, según el poema de Hernández

por ALFREDO LLANOS

Aquella forma de vida arcaica, establecida en el seno de la pampa, que había surgido por azar de circunstancias creadas durante la Colonia, era un estado llamado a desaparecer, barrido por estructuras superiores de la organización social. Las bases económicas naturales en que se asentaba esa rudimentaria comunidad venían siendo destruidas por fuerzas gigantescas. Además, el gaucho no pudo oponer una

defensa eficaz ante los peligros que lo amenazaban, pues su mundo y su concepción de la vida habían nacido casi de la nada, al amparo de acontecimientos naturales y fortuitos. Cuando la hora de la destrucción llegó se arrinconó como las especies animales ante los cataclismos geológicos. Su fin no era merecido, pero los cambios históricos no se basan en consideraciones morales. Las mismas estructuras en que se asentaba su existencia económica tornaban imposible todo intento de resistir con éxito la penetración de un adversario que contaba con medios materiales idóneos. La pampa reproduce el ciclo de la sociedad primitiva al esclavismo moderno. Este es el precio que debía pagar el gaucho para entrar en contacto con un conglomerado social instrumentalmente superior al suyo, aunque inferior como calidad humana. La derrota fue circunstancial, propia del proceso dialéctico que sufre toda comunidad. La acumulación primitiva se realizó en el Río de la Plata dentro de características muy particulares. La necesidad de capitales y trabajadores libres, libres de coacción y restricción en cuanto a la venta de su capacidad de trabajo y libres de vínculos con el suelo o con los medios de producción, llevó a aniquilar al nativo, que no se prestaba para esta maniobra rapaz, al menos por la celeridad requerida por la burguesía internacional. Después de realizada esa tarea apareció el capital de los inversores ingleses y el trabajador europeo con su fuerza de trabajo disponible y su adaptación a las nuevas condiciones creadas por la democracia liberal, la que, según un comentarista reciente, resulta apta "no porque sea antigua, sino porque respeta las leyes permanentes... de la ciencia, derivadas de la humana realidad". Sin embargo, como esa humana realidad se modifica constantemente, no podemos comprender cómo es posible tratarla con tales leyes eternas que se hacen aparecer como por arte de magia. La democracia liberal, que está disuelta en la Constitución del 53, destruyó al gaucho como comunidad social porque no lo pudo utilizar con provecho en la acumulación primitiva. Eso no quiere decir que la índole del gaucho y los valores en él encarnados hayan desaparecido del modo de ser argentino. Por el contrario, esta invisible presencia nativa sigue constituyendo la negación de la negación que debe aflorar una vez más en el fondo de las contradicciones nacionales para regular el equilibrio roto hacia fines del siglo pasado.

Este hombre valiente y osado, dueño de un poderoso instinto que le permitía dominar el medio en que actuaba, era inhábil para practicar lo que podríamos denominar virtudes sociales, según las teorías de la civilización occidental. Vivía inmerso en la naturaleza, aprovechando lo que ésta le brindaba sin esfuerzo para cubrir sus necesidades elementales. Mas la gratuidad no es aneja a la existencia, por lo menos hasta donde se tienen noticias del desarrollo de la vida histórica.

Así cuando el gaucho advierte la evolución que se ha operado en las condiciones económicas generales del país, sólo atina a expresar su desconcierto y su asombro:

*Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridad—
Pero aura... barbaridá!
La cosa anda tan fruncida,
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.*

El gaucho no tenía país, en realidad, si con ello se alude al estado como realidad jurídica; sólo tenía *pago* —que para él era sinónimo de pueblo—, como lugar de su querencia. Hernández no ha usado esta palabra al azar ni en sentido peyorativo. Pretende hacer resaltar, sin duda, el espíritu anárquico del gaucho, su afán de libertad. En efecto, la vida comunal primitiva, fundada en América sobre ejemplos de la vida indígena y española, junto con los fueros y derechos que tal institución involucraba, tuvo en la formación del carácter del nativo, aunque sea de reflejo, una influencia muy honda. Por eso, al decir *pago*, se alude al rudimentario municipio, reducida escuela de civismo, que con todas sus imperfecciones fue propicia para acentuar los rasgos individualistas del habitante de la tierra. Si más tarde la enseñanza de esta escuela perdió su ascendencia, ello se debió a causas que no están desvinculadas del plan de destrucción desatado contra las formas de existencia autóctona.

Es verdad admitida que la gran mayoría de los nativos no tenía idea alguna sobre el problema de la organización del país, y que los caudillos —salvo Quiroga que ha expresado algunos esquemas definidos sobre el problema— que movían las masas a las luchas lo hacían por resentimiento, por complacer sus impulsos belicosos o por un ciego encono contra las élites representantes del *progreso* y la *cultura*. Puede concederse cierta dosis de verosimilitud a estos argumentos, pero aún aceptándolos no alcanzan a eliminar el íntimo sentido de justicia que se esconde tras la fiera resistencia. Los designios económicos y políticos del nuevo orden configuraban el vasallaje total de las poblaciones del interior. Estas reaccionaron en legítima defensa y la historia posterior ha demostrado en beneficio de qué región e intereses se aniquilaron las estructuras coloniales.

En el instante en que se escribe el poema todo este relato es historia pasada y consumada. Al gaucho sólo le resta vida para “juir de la autoridá”. Y esta expresión define el tipo de justicia que se había dado el país: enemiga del elemento nativo. El hecho de que se adoptara de

Europa su cultura, su ciencia y su técnica no es en sí censurable, puesto que nosotros no habíamos creado nada ni podíamos pretender basar nuestra vida sobre concepciones indígenas. Lamentable es sí que se emplearan los adelantos de una brillante civilización para destruir al poblador originario de la tierra, negándole toda posibilidad de adaptarse a las nuevas exigencias del progreso y reemplazándolo por inmigrantes que no demostraron siempre virtudes individuales superiores a las del habitante del país. Con sobrada razón decía el general Belgrano, refiriéndose al problema del nativo: “No nos contentemos con llorar su miseria y vituperar su desidia; enseñémosle a trabajar”.

Ya hemos expresado que el *Marín Fierro* está constituido sobre un fondo social e histórico. Vibra en cada verso el recuerdo de una existencia en la cual el gaucho había sido dueño absoluto de su albedrío. Ese mundo mágico de sus correrías y aventuras se hundió un día casi sin transición. Su ingreso en el nuevo universo económico y político es una experiencia trágica e irremediable:

*Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer—
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera—
¡Y qué iba hallar al volver!
Tan sólo hallé la tapera.*

Habla el gaucho del pago, el que evoca en su alma ingenua algo así como un paraíso perdido. Y lo ubica en un tiempo indefinido como quien despierta de un largo sueño. Es que la vida del nativo tuvo un profundo tono sonambúlico. La pampa inmensa y fecunda le proveyó todo sin esfuerzo; convirtió así en juego el trabajo por la subsistencia. Pero aquel retablo de maravillas se disolvió un día:

*Cantando estaba una vez
En una gran diversión,
Y aprovechó la ocasión
Como quiso el Juez de Paz—
Se presentó, y ay no más
Hizo una arriada en montón.*

En nuestra historia institucional el juez de paz es un instrumento oscuro, pero de importancia decisiva en la destrucción económica y social de la rudimentaria comunidad nativa en cuyo medio se acentuaba el dominio de la burguesía terrateniente. Desde la reforma judicial de Rivada-

via en 1821, el juez de paz se convirtió en el funcionario dominante del ambiente rural. Era una especie de cacique, un gaucho semiletrado y ladino, que encubría cuanta maniobra sucia se originaba en el partido y tenía parte en todo negocio turbio que se venía en el juzgado o fuera de él. Hernández siendo diputado provincial llamó a este funcionario "señor de horca y cuchillo" en un debate suscitado con motivo de cuestionarse el principio de elegibilidad de los jueces de paz en la legislatura de Buenos Aires, en 1879. "La policía y la justicia —decía Darwin mucho antes con motivo de su célebre viaje— son completamente ineficaces. Si un hombre que es pobre comete un asesinato y es detenido, será encarcelado y quizá fusilado; pero si es rico y tiene amigos puede confiar en que ninguna consecuencia perjudicial resultará. Es curioso que los habitantes más respetables del país invariablemente ayudan al asesino a escapar; parecen pensar que el individuo comete la falta contra el gobierno y no contra la gente".

La ley de vagancia era en manos de tal juez un temible instrumento de opresión, el cual actuaba con fines políticos y económicos de innegable eficacia. Este personaje siniestro desempeñó un papel preponderante en la persecución del gaucho, como ejecutor de la ley que lo facultaba para enviar a los infelices paisanos que carecían de la papeleta de conchavo al servicio de frontera o a las estancias donde se les obligaba a trabajar sin remuneración. El nuevo orden tuvo, pues, en el juez de paz un servidor si no muy fiel, ya que también él realizaba provechosos negocios por su cuenta, por lo menos eficiente en los intentos enderezados a apoderarse de la tierra. Pero como nada se pierde sino que todo se transforma, según un principio aceptado por disciplinas más rigurosas que la sociología, resulta oportuno subrayar aquí que las prácticas del juez de paz han conservado buena parte de su vitalidad; ellas constituyeron el procedimiento de que se apoderaron los caudillos y políticos de la era del comité clásico, provincianos o ciudadanos, y su repertorio de malas artes representó el azote principal de nuestra vida pública, y uno de los lunares más visibles de la democracia argentina en su época de plena actividad.

Hernández presenta al juez en una de sus intervenciones clásicas, en el momento en que sorprende a los paisanos en sus diversiones habituales. El propósito que guiaba al funcionario no era sólo proveer soldados para el ejército. Este constituía un medio que si bien cumplía fines particulares no representaba el objetivo en sí.

Un pretexto muy utilizado para perseguir a los nativos residía en la filiación política. Ser adversario del oficialismo significaba entonces ser anarquista, expresión que aparece a menudo en la literatura gauchesca y que ha sido reemplazada ahora por otras más adecuadas y modernas. El citado agente del régimen reunía en su persona atribuciones policiales y

judiciales; podía disponer a su antojo de la voluntad de los demás y, a veces, de sus bienes, en virtud de la autoridad de que estaba investido y de las circunstancias en que ejercía la fuerza que tenía a su servicio. Quejarse de sus tropelías era inútil y hasta peligroso. Más fácil resultaba responder a ellas con las armas en la mano. La calificación de opositor exponía a la víctima a cualquier demasía:

*A mí el Juez me tomó entre ojos
En la última votación—
Me le había hecho el remolón
Y no me arimé ese día—
Y él dijo que yo servía
A los de la esposición.*

La causa inmediata de las tribulaciones del héroe es la animosidad del juez, el que ejercía una estricta fiscalización electoral, de importancia decisiva para la subsistencia del régimen instaurado después del gobierno de Rosas. A la dictadura del mayor número siguió el despotismo ilustrado de la élite porteña, fundado en el sistema republicano y federal de la Constitución del 53. Pero, según ésta el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus legítimos representantes, y como dicho instrumento político no fija con precisión el mecanismo para elegir esos auténticos representantes, se halló el modo de ungar a los delegados de la voluntad popular mediante una estratagema muy singular. Tantas virtudes poseía ese procedimiento que hasta 1916 la clase dirigente conservadora logró acaparar plebiscitariamente todos los comicios. Existen confesiones epistolares de Sarmiento sobre las elecciones de la época que no tienen desperdicio y dan una idea clara de la moral política del celebrado fundador de la escuela argentina. Los abnegados artífices de estos democráticos triunfos fueron los jueces de paz en la campaña y los alcaldes de barrio en las ciudades. Estas deformaciones delictuosas están enquistadas en el organismo de la democracia argentina y han aflorado con mayor o menor violencia en la conducta cívica de casi todos los núcleos políticos. La reforma de Sáenz Peña modificó el mecanismo externo de la elección; el voto se hizo más o menos secreto, pero el fraude siguió imperando y su historia no hay para qué relatarla aquí.

En la época de Hernández el gaucho sólo servía para votar, por el oficialismo, según la expresión que él mismo utiliza en el poema y que repitió en sus valientes notas periodísticas y en la Legislatura de Buenos Aires. Esta degradación del ciudadano era la consecuencia de la persecución del elemento nativo y del intento de domesticarlo por la fuerza de las armas, primeramente, y luego por la presión económica. De este modo se afianzó un régimen político que organizó la economía según el concepto

alberdiano de la libre distribución de la riqueza y que no lo hizo para elevar el país a un plano superior sino para convertirse en el gendarme del gran capital, el cual según la opinión del economista contemporáneo Röpke, cuya confesión vale más por ser un instrumento occidentalista, "no es justo y enriquece mediante maniobras a grupos de intereses".

Esta farsa institucional, afirmada en la economía de la entrega, ha gravitado sobre la moral pública y privada tan penetrantemente, que hoy puede determinarse la psicología del argentino por lo que ha sido la política en el pasado. La influencia nefasta de las prácticas cívicas en la Argentina han llegado a configurar formas delictivas de tan profundo arraigo que su eliminación parece a primera vista imposible dentro de la estructura jurídica y económica que distingue a nuestra sociedad.

Todas nuestras formas de convivencia aparecen teñidas por el pecado original de este sistema político, que no continúa la línea de Mayo, como pretenden algunos teorizadores que no practican el estudio atento y sereno de nuestro pasado, sino que la desvirtúa en su íntimo sentido. El liberalismo introducido por la Constitución del 53 ha modelado a la clase dirigente y a sus núcleos representativos dentro de características que carecen de relieve ético y de ambiciones verdaderamente nacionales. La política como medio de vida y de enriquecimiento es una consecuencia de la filosofía utilitarista que medra al amparo de doctrinas que se emplean como ganzúas. Los ideólogos que realizaron la organización nacional —descendientes de los pioneros del cuero y del tasajo— no pueden ser censurados por su espíritu burgués. Este es un atributo elemental, que comparten con todas las burguesías del mundo. Hay, por cierto, diferencias esenciales. Ese rasgo de parentesco, que hace que de noche todos los gatos sean pardos, sería fácilmente disculpable si no echáramos de menos la ausencia de una nota fundamental en los regímenes homónimos americanos: la capacidad para engrandecer a sus países e independizarlos de extrañas tutelas. La burguesía nacional es una mala caricatura. Es el paso de la tregedia a la comedia. Los dioses del Olimpo en la pluma de Luciano. "El carácter de las clases superiores y más educadas —expresa Darwin en su conocido libro— que residen en las ciudades, participa pero quizá en grado menor, de las buenas cualidades del gaucho, aunque se halla, me temo, manchado por muchos vicios de los cuales este último está libre. La sensualidad, la burla de toda religión y la corrupción más descarada están lejos de ser raras. Casi todo funcionario público puede ser sobornado. El jefe de la oficina de correos vendía sellos estatales falsos. El gobernador el primer ministro se combinaban abiertamente para saquear al Estado".

La Argentina padece en forma agravada una crisis económica y moral —ésta provocada por aquélla— que no se remedia con emplastos. Nuestra democracia ha sido incapaz de corregir los males que ella misma ha creado, males que van desde la organización económica basada en el

privilegio de una minoría hasta las superestructuras resultantes, la justicia, la prensa, la iglesia, la enseñanza, que son desprendimiento de su seno, erigidos cerradamente en su defensa.

Hernández en su prédica parlamentaria y periodística denuncia esta bastarda democracia, originada en un injusto fundamento económico que no respetaba el derecho de los más débiles ni apreciaba en su valor la altiva herencia de sus hijos. El poeta de la tierra intuyó que la Argentina sólo alcanzaría su adecuada jerarquía si se atrevía a romper con el pasado en cuanto éste representaba el privilegio, la enajenación económica y el servilismo intelectual frente a falsos principios que distorsionaban su espíritu. También advirtió, y su vida pública lo atestigüa, que el mérito de los pueblos se mide por la voluntad y la energía que los proyecta hacia el porvenir. Es, pues, un pasaje clave del *Martín Fierro* la varonil decisión del héroe de enfrentar a la partida que le coarta el uso de la libertad y el derecho a asumir la dirección de su destino. A este respecto resulta humorístico el legalismo con que Martínez Estrada en *Muerte y Transfiguración del Martín Fierro* censura este episodio. Llamar traidor a Cruz porque abandona la tropa es una estupidez insigne y revela desconocer el carácter del gaucho. El inefable autor cree que si tenía la intención de no prender al cuchillero, Cruz debió haber presentado antes la renuncia. . . Este jocoso método explicativo toma como principio la moral burocrática que es posterior al gaucho y que era una de las injusticias contra las cuales se había levantado.

Martín Fierro se dejó prender por el juez. Tenía que probar la amargura del servicio de frontera y del destierro para que su historia adquiriera la jerarquía simbólica que realmente posee. El poeta consiguió así el testimonio irrecusable de la despiadada persecución. Fuera de su ambiente el gaucho era lerdo en sus reacciones, como que vivía en un mundo cuyas dimensiones emocionales y sociales en nada se parecían a las de ese otro universo del progreso que levantaba sus insospechadas fronteras junto al suyo. Carecía de picardía y astucia si no era para luchar contra las acechanzas de su propio medio. La indolencia de que se le acusa formaba parte de su carácter si bien respondía a su sistema de reacciones que la psicología podría determinar sólo estudiando minuciosamente el escenario en que transcurrió su vida biológica y anímica.

Este hombre tan hábil y despierto en su propio medio parecía indiferente a las amenazas externas que se expresaban por vía intelectual. El sabía únicamente de lo concreto o de lo que adquiría esa tonalidad ante sus facultades animistas. La previsión estaba fuera de sus cálculos si debía aplicarse a hechos extraños a su vida cotidiana. Juan Manuel de Rosas, eximio conocedor del hombre de la pampa, explica en una oportunidad —año 1820 ó 1821— al gobernador de Buenos Aires, quien lo instaba a organizar sus Colorados del Monte, estas modalidades típicas

del nativo, y le expresa: "Esta clase de gente no se posesiona de la inminencia de los riesgos ni de la necesidad de los sacrificios".

La desidia del gaucho ignorante y del semiletrado escondían, también, en buena medida, un temor inconsciente. El paisano se veía impulsado a rechazar toda coyuntura que pusiera en peligro su inestable libertad porque carecía del discernimiento lógico para determinar los alcances de la maniobra envolvente que se cernía sobre él. Su actitud frente al nuevo orden traduce más bien timidez y desconfianza aunque poco a poco va penetrando en la intención intelectual de su adversario.

*Y así sufrí ese castigo
Tal vez por culpas ajenas—
Que sean malas o sean güenas
Las listas, siempre me escondo—
Yo soy un gaucho redondo
Y esas cosas no me llenan.*

Las reticencias expresadas y el letargo mental consiguiente no deben ser interpretados como un estado de estupidez ni el desconcierto como incapacidad de reacción. Hay un claro movimiento dialéctico en el drama del gaucho, por medio del cual llega a superar su propia impotencia intelectual.

No ignora Fierro que el juez le demuestra ojeriza por razones políticas, que son también razones sociales y económicas. El paisano está conceptuado como opositor y esto es cierto, pues él tiene sus graves reservas sobre ese sistema de partidos que ni le llena ni llenó a ningún gaucho, ya que sólo ha funcionado en favor del privilegio. En esos círculos denunciados por el poeta, de listas electorales que a nadie conforman, se originó la democracia argentina. Ella ofrece así al enfoque fenomenológico un amplio campo en donde puede rastrearse la historia de nuestro civismo. La clave para hallar el sentido de nuestra frustración institucional, que es particularmente un fracaso económico, está contenida en el *Martín Fierro*. El poeta nacional ha descubierto en la destrucción del nativo y de lo autóctono las causas profundas que nos han desviado de nuestra vocación argentinista. Esta democracia declamatoria y vacía ha sido el estandarte de la clase dominante, con cuyo apoyo ha defendido sus ventajas materiales y ha saboteado la expansión económica de la Argentina.

Hernández expresó su juicio sobre los partidos políticos en ocasión célebre, al discutirse en la Cámara de Diputados de la provincia el proyecto de cesión del municipio de la ciudad de Buenos Aires para capital de la República. Dijo en una parte del discurso con que contestó a Leandro N. Alem: "Si no tuviera el proyecto otra recomendación sino que van a morir los partidos sería para mí suficiente para votar por él, porque yo

no quisiera partidos. Las necesidades de la época me imponen el deber de afiliarme a uno; pero los dictados de mi conciencia me dicen, como argentino, que no debe haber partidos que dividan a la sociedad. Si pudiera haber un rincón de la República donde no existieran partidos, allí sería la residencia obligada de todos los hombres honrados, de todos los que quieren con sinceridad el bienestar de la patria".

El espectáculo que ofrecía la política de su tiempo y el estado social resultante le dictaron a Hernández estas amargas palabras que traducen su escepticismo cívico. Ellas tienen un vibrante antecedente en el poema; hay, pues, una continuidad espiritual indestructible entre el poeta y el legislador.

El astuto juez, según se ha visto, cumplía un objetivo exactamente prefijado en este complejo mecanismo legal que termina por proscribir al nativo. Su misión originaria de representante de la justicia quedaba pronto distorsionada. Su verdadera tarea se reducía a cuidar los intereses políticos del partido oficial; mas no se consideraba incompatible que ayudara a despojar a los infelices que enviaba a la frontera. Equilibraba, en ocasiones, el empleo de la fuerza con mentiras más o menos convencionales, como aconteció al despacharse el contingente:

*Al mandarnos nos hicieron
Más promesas que a un altar—
El Juez nos jué a proclamar
Y nos dijo muchas veces:*

*"Muchachos, a los seis meses
Los van a ir a revelar".*

Del valor de las promesas así expresadas tuvo Fierro una prueba concreta en cuanto llegó al cuartel. Martínez Estrada, que denigra a todos los gauchos que aparecen en el poema e insiste en explicar la conducta de algunos de ellos por medio de las teorías freudianas, no ve ninguna indignidad en la actitud del juez mentiroso y prevaricador. De los que allí estaban a nadie licenciaron, y el único que se quejó fue severamente castigado. En esta encrucijada sufrió el gaucho la experiencia más dolorosa de su vida, pues le trajo aparejada la pérdida de su libertad física. El insólito hecho sacudió la bruma de su espíritu y lo puso frente a la dura realidad que debía enfrentar.

La permanencia en la frontera resultaba insoportable para las fuerzas allí acantonadas. Reinaba, además, un desorden espantoso. Algunos pormenores de la situación narrada ilustran sobre la desidia argentina, la que, según se muestra, no era sólo rasgo común de los gauchos rudos, sino imputable, en el caso de que se trata, a quienes

estaban al frente de esos cuerpos. Los negocios al margen de la ley tampoco eran realizados por los infelices allí arrinconados; éstos sufrían las consecuencias de un resabio jurídico que los obligaba a un servicio injusto. La actividad estrictamente *comercial* en aquellos parajes estaba en manos del pulpero —extranjero como debe suponerse—, personaje siniestro de la pampa, que en su condición de proveedor, reductor e intermediario en las pingües transacciones que por su intermedio se efectuaban controlaba la vida económica de la campaña en connivencia con algunos oficiales del cantón. La mísera paga de los soldados, cuando llegaba, quedaba, aparentemente, en manos de aquel bandido del desierto, junto con los cueros de origen dudoso y otras fruslerías con las cuales cargaba carretas enteras. En aquel inhóspito rincón de la pampa el gaucho pudo observar y comprender la maniobra envolvente que se cerraba contra el país y sus intereses vitales y cómo se completó el designio de la apropiación privada de la tierra:

*Y qué Indios ni qué servicio,
Si allí no había ni Cuartel—
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacaras,
Y dejábamos las vacas
Que las llevara el Infiel.*

Los coroneles del relato parecen pertenecer a aquel tipo de militares que arrancaron a Descartes esta confesión epistolar: “La costumbre y el ejemplo hacen estimar el oficio de la guerra como el más noble de todos; pero en cuanto a mí, lo considero como filósofo, y lo estimo tan sólo en lo que vale e incluso me cuesta mucho contarle entre las profesiones honorables, al ver que la ociosidad y el libertinaje constituyen los dos motivos que atraen a ella a la mayoría de los hombres”.

Estas maniobras muestran sólo ejemplos minúsculos que ilustran la serie de hechos que en creciente volumen se ha ido acumulando alrededor de la organización jurídica del país según las exigencias de la doctrina liberal. El engaño ha seguido consumándose después con una técnica más depurada, pero igualmente reveladora de la estrechez de miras de una sociedad que nació lastrada por el pecado original de la civilización europea: la explotación del hombre. Mientras subsista ese carácter fundamental será una burla sangrienta hablar de derechos y libertad, salvo que con ello se pretenda significar el privilegio de las clases pudientes a mantener en la servidumbre económica a la mayoría. El instinto político de Hernández advirtió las fallas del sistema cuando éste echaba sus raíces, y al aludir a la corrupción administrativa pudo decir, a modo de síntesis, en el recordado debate de 1879: “...Creía

que el vecindario de cada partido tenía el derecho de elegir su juez de paz que dirimiera las cuestiones civiles; tenía derecho a elegir el comandante que debía dirigir la guardia nacional; que tenía derecho a elegir el maestro que había de educar a sus hijos”.

Hernández aboga por una democracia popular cuyo origen está asentado en la voluntad de la ciudadanía, y llega al extremo de supe-ditar a elección pública la designación del comandante de la guardia nacional, procedimiento que tiene antecedentes en los cuerpos armados de la colonia. Se trataba de un programa básico de organización republicana fundado en la vida comunal y que se ajustaba a la idiosincrasia nativa.

La creación de ejércitos regulares en América latina aplastó la resistencia de los grupos regionalistas que defendían las autonomías provinciales y las economías respectivas. Esos cuerpos, provistos de costoso armamento, afianzaron a las nacientes burguesías. Ellas lograron así el dominio absoluto donde antes ejercían sólo autoridad nominal. La gran industria extranjera se benefició al mismo tiempo, pues se aseguraba el tipo de orden interno indispensable para el libre comercio. Se inundaba el país de manufactura y se le extraía, en cambio, la materia prima que, por lo general, se le vendía de nuevo elaborada. Los servicios ferroviarios completaron bien pronto este sometimiento económico y con sus tarifas diferenciales eliminaron toda posibilidad de competencia por parte de la industria local.

Los motivos de Hernández, a los que vuelve con intencionada predilección son siempre políticos. La corrupción administrativa, el enriquecimiento ilícito, que tentaba a todos los funcionarios, civiles o uniformados, ocupa su prédica parlamentaria y literaria:

*Yo he visto en esa milonga
Muchos Gefes con estancia,
Y pioneros en abundancia,
Y majadas y rodeos—
He visto negocios feos
A pesar de mi inorancia.*

La alusión a los “Gefes con estancia” no es, por otra parte, una simple metáfora. La apropiación de la riqueza natural en la Argentina empezó por explotar el ganado cimarrón para aprovechar el cuero, requerido por la manufactura europea. Así se echaron las bases de muchas fortunas particulares que acrecieron después de surgir los saladeros, lo que suponía, está claro, la posesión de grandes extensiones de tierra. El viajero inglés Woodbine Hincliff, habla en su libro *Viaje al Plata en 1861*, de uno de estos terratenientes, puntal de la organización nacional, en es-

tos términos: "Ahora que este rey de los gauchos, tan temido durante tanto tiempo, ha sido obligado a retirarse a la vida privada, la gente ha podido observar que podrá haber estado mal o bien cuando cortaba el gaznate a sus semejantes, pero que es hombre que tiene buen ojo para los negocios y se ha acreditado como perfecto maestro en el arte de llevar agua para su molino. Por fas o por nefas se ha hecho de un enorme territorio en Entre Ríos, difícil de estimar con exactitud, pero he oído decir comúnmente que se considera superior a seiscientos leguas cuadradas, o sea unos tres millones de acres ingleses, cubiertos de incontable ganado vacuno y caballar. En Concepción ha establecido un saladero modelo donde el ganado de su propiedad se sacrifica en grandes cantidades y se hace la preparación de los cueros para enviarlos a Europa. Este establecimiento está organizado en gran escala y tiene la gran ventaja de su ubicación, porque los grandes barcos que atraviesan el mar pueden tomar la carga a bordo directamente, por medio de un tranvía a alto nivel que viene desde el centro del establecimiento. Un lindo barco inglés y buen número de navíos más pequeños estaban cargando en la forma predicha cuando pasamos por el lugar, y nos divertimos haciendo cálculos sobre las ganancias anuales de aquel desinteresado patriota".

El acaparamiento de la tierra, base de la formación del patriciado argentino, es la piedra de toque que origina la lucha contra el gaucho y su posterior eliminación por los ejércitos regulares. "Hace muchos años —decía Hernández en el Senado de la provincia, en 1883— que vengo viendo a una importante parte de la sociedad argentina lanzada en una peregrinación sin asilo, sin protección y sin familia". Esa parte está representada por el desdichado Martín Fierro —un "gaucho cualquiera", que por fin terminó en cuchillero, según nuestro *Poet laureate*—, símbolo de millares de gauchos anónimos que dieron su sangre para los ejércitos de la independencia y después comprobaron que su esfuerzo sólo había servido para enriquecer y consolidar a una casta. El criollo, a escasos veinte años de la organización nacional y de progreso liberal, ha visto esfumarse sus libertades y con ello el derecho a participar en la elaboración de la riqueza común.

El nativo centra su reflexión en aquel reducido cuadro que le ha tocado observar de cerca, pero que puede ser generalizado y aplicado a todo el país. Se da perfecta cuenta que "no quieren la baraunda componer". En verdad, la clase que ocupa la cúspide de la sociedad cree que el orden establecido que la historia exhibe en su propio momento está dado de una vez para siempre y que a ella le corresponde el papel de administradora permanente de los bienes de la comunidad. La burguesía nacional y sus ideólogos entendieron la libertad como libertad de comercio, de modo que siguiendo esa doctrina el país debería ser organizado como una factoría que garantizara la ganancias de los empresarios y la seguridad

de sus fortunas. En apoyo de esta tesis venía el pensamiento de Alberdi cuando dice, luego de hacer la crítica del mercantilismo: "A esta escuela se aproxima la economía *socialista* de nuestros días, que ha enseñado y pedido la intervención del Estado en la organización de la industria, sobre las bases de un nuevo orden social más favorable a la condición del mayor número. Por motivos y con fines diversos ellas se dan la mano en su tendencia de limitar la libertad del individuo en la producción, posesión y distribución de la riqueza". El economismo de Alberdi muestra aquí su aspecto más pobre. La teoría de la libertad que proclama se desmorona estrepitosamente, puesto que no dispone de ningún apoyo ético. Es una libertad para una minoría, la cual no es tampoco una *élite* intelectual sino que está representada por mercaderes. Si la libre empresa es el fundamento de la libertad que introdujo el liberalismo Hernández ha dado con su poema la respuesta adecuada a esa doctrina al denunciar los atropellos, injusticias y la corrupción necesarios para imponerla.

Siente el gaucho, a pesar de su ignorancia, que hay un propósito de engaño y malicia; que el desorden administrativo se mantiene para evitar soluciones. La suspicacia de la víctima no es gratuita, pues sabe que cada vez que los poderes públicos intentan arreglar un desaguado crean otro y de esta manera no sólo se elude el primero sino que, a la vez, desvían la atención hacia un nuevo problema, el cual se complica con inesperadas tramitaciones. Citar ejemplos sería ocioso para quien es capaz de penetrar con su mirada en este libro admirable que desarma pieza por pieza toda la estructura institucional y administrativa argentina.

El paisano iletrado acierta a compendiar, sin embargo, un programa mínimo de austeridad republicana, para luchar contra los males que afectan al país:

*Y colijo que no quieren
La barunda componer—
Para eso no ha de tener
El Geje que esté de estable,
Más que su poncho y su sable,
Su caballo y su deber.*

Es un dramático llamamiento al deber por el deber mismo; algo así como la voz del imperativo categórico, fundado en una coyuntura histórica concreta determinada que nada tiene que ver con el vacío postulado kantiano. Parece que el gaucho rudo intuyó la existencia del sentido moral con absoluta independencia de una elaboración crítica, pero con arraigo indudable en el medio ambiente. Podría aducirse también que estos versos

son una referencia al ideal sanmartiniano del renunciamiento, tan incumplido por civiles y militares en su tierra de origen; mas todo indica que ese concepto era ajeno a la intención del poeta. Este pretende fijar una idea positiva de la vida construida sobre una amplia base ética, que abarca a toda la comunidad nacional; no se detiene en consideraciones transitorias porque las ambiciones y esperanzas de los hombres lanzados tras la realización de su destino social superan siempre las motivaciones individuales. La filosofía que se practica, sostiene Fichte, depende del hombre que es, es decir, del hombre que se quiere ser, proyectado en el plano espiritual, que es, sin duda, el fundamento de la vida social. Así, lo que el gaucho quiere ser está más allá de la frustración individual. Por eso pide el cumplimiento del deber por el deber mismo, en oposición, en desafío casi, a toda dificultad provocada por los hechos fortuitos o los intereses creados. Este principio representa, la reiteración de su conducta en la guerra de la independencia: cuando la lucha se tornó desigual y aparentemente inútil, él hizo mediante su coraje que fuera posible la hazaña de la libertad. Con razón pudo decir Alberdi, aprovechando una brillante sugestión de la filosofía dialéctica, que sin la existencia de San Martín, Belgrano o Bolívar la emancipación de América hubiera sido posible, porque no son los grandes hombres los que hacen la historia sino la voluntad indomable de los pueblos.

La permanencia en el fortín dejó en el gaucho una enseñanza dolorosa. Su vida interior se enriqueció a costa de humillaciones, pues el desheredado está destinado a adquirir experiencia en la escuela del infortunio. "El servicio de la frontera —expresaba Hernández en su diario "El Río de la Plata", el 3 de octubre de 1869— parece haberse ideado como un terrible castigo para el hijo de la campaña". Fue tema constante de la prédica hernandiana la defensa del nativo. Esa misión la cumplió en toda circunstancia. En el diario antes citado escribe, en la misma fecha, atacando el injusto servicio: "Ha pasado la época atrasada del coloniaje. Ha pasado la época luctuosa de la tiranía. Pueblo y gobierno se inspiran en ideas de regeneración y progreso. ¿Cómo es, entonces, que no se ataca el mal?"

Ignoraban los idólatras de las libertades y de las formas de vida inglesas, o a lo mejor lo callaban, las condiciones en que nació la industria manufacturera y fabril y de dónde salió la plusvalía, manchada de sangre, que llegó al Plata para enriquecer a los cipayos del nuevo mundo y aniquilar a los gauchos: "Las condiciones de los niños —dice una publicación especializada— que trabajaban en las fábricas eran más o menos las siguientes: empezaban a trabajar a la edad de cinco años y algunas veces aun a la edad de tres años para efectuar operaciones simples. Su jornada de trabajo era tan larga como la de los adultos, es decir, de 14 a 15 horas diarias y en ocasiones hasta 18. Muchos niños

estaban virtualmente en posición de esclavos. Los empresarios los compraban en los asilos de huérfanos, o bien a los padres que se hallaban en completa miseria. Algunos especuladores astutos llegaban hasta a reunir centenas de niños y los embarcaban a los distritos del norte. Privados de aire libre, mal nutridos, y fatigados hasta la extenuación, los niños sufrían en las fábricas una muerte lenta o quedaban lisiados para el resto de su vida. Los capataces torturaban a esos "pequeños esclavos" del capital en todas las formas posibles".

Conviene señalar, sin embargo, que antes de que tales desvaríos ocuparan la mente de algunos argentinos, otro, más equilibrado y optimista, obraba y escribía de modo muy distinto. Nos referimos a Manuel Belgrano. "Para hacer felices a los hombres —decía el prócer— es forzado ponerles en la previsión del trabajo con el cual se precave la holgazanería y ociosidad que es el origen de la disolución de las costumbres". Y auspiciaba la creación de escuelas gratuitas para labradores; "establecimientos de escuelas de hilazas", para niñas; de artes y oficios, de comercio, de náutica, dibujo, etc. Propugnaba, también, la protección decidida a la agricultura y al incipiente artesanado colonial, con palabras que merecen recordarse. Luego de expresar, según sus convicciones fisiocráticas, la necesidad primordial del trabajo de la tierra, sostiene que "no por éste se crea que debemos abandonar aquellas artes y fábricas que se hallan ya establecidas en los países que están bajo nuestro conocimiento; antes bien, es forzoso dispensarles toda la protección posible, y que igualmente se les auxilie en todo y se les proporcione cuanto adelantamiento puedan tener, para animarlas y ponerlas en estado más floreciente". Tales conceptos se escribían en 1810. Debiera subrayarse más a menudo que Belgrano no sólo creó la bandera. Hizo algo más. Intentó despertar en las clases dirigentes la conciencia de que cuidar a los gobernados elevando el estado cultural y social de las masas, protegiendo la agricultura y la industria nacionales era la única manera de engrandecer el país.

Para salvar su vida el gaucho debió huir del cantón. El instinto le ayudó a terminar aquella aventura por su cuenta, pues a los tres años de encierro el anunciado relevo no había llegado y todo indicaba que de aquella trampa nadie sería liberado. El fugitivo regresa al pago, deseoso de reintegrarse a su quehacer normal. Allí le esperaban sinsabores no apurados todavía. Su propiedad le había sido robada, y su familia, como consecuencia, se había dispersado. Nada quedaba de su modesta hacienda. El golpe se daba, en tales casos, con doble efecto. En tanto el jefe del hogar era privado de la libertad y enviado a la frontera el juez de campaña organizaba el despojo de los bienes del ausente a quien se daba por muerto. El estado de derecho entró en la pampa a cumplir su misión y la completó cabalmente.

Consumado el despojo la tierra mejorada por el trabajo del campe-

sino pasaba a engrosar el feudo del terrateniente. Las majadas desaparecían en manos del aprovechado juez y sus aparceros. Aquella trágica experiencia, repetida en miles de casos, dejaba a la humilde población de la campaña en la miseria y la empujaba a la desesperación o la delincuencia. Fierro adquirió el conocimiento de la realidad circundante en tan dura escuela y dice por eso con acento feroz de hombre ofendido en quien se afirma la idea de la rebelión y la venganza:

*Ya le conozco sus mañas,
Le conozco sus cucañas,
Sé como hacen la partida,
La enriedan y la manejan—
Deshaceré la madeja
Aunque me cueste la vida.*

Hay un sollozo contenido en este grito de guerra. Toda la fuerza indómita de la estirpe se despierta de golpe. El héroe va a enfrentarse con el nuevo orden. Es la hora decisiva en que el hombre se resuelve por la vida auténtica afirmadora de su voluntad de ser libre y respetado. Este recogimiento interior, que reúne las últimas energías para el intento de liberación es un gesto épico, llamado a prolongarse en el tiempo. Fue inútil como intento para detener el nuevo orden, impuesto por la férrea lógica de la evolución histórica, mas no lo fue como protesta moral de una comunidad destinada a perpetuar su espíritu y su amor por la libertad. Deshacer aquella madeja, formada por intereses formidables no era ya, a esa altura de los acontecimientos, tarea factible para un pobre gaucho desertor. Su osado desplante, silenciado por la inmensidad del desierto tiene, no obstante, el valor de un mensaje. Es el testamento que queda por ejecutar en nombre de un pueblo postergado y perseguido.

Lo Nacional y el Nacionalismo

Por CARLOS A. MONTANO

El mundo vive un *tempo* de aceleración que hace estallar algunas de las contradicciones acumuladas por el imperialismo a través de lo que va del siglo. Las viejas estructuras son aniquiladas o comienzan a disolverse en muchos lugares de la tierra en que hasta ayer reinaba la paz ar-

mada impuesta por el colonialismo, mientras que en otras latitudes la inestabilidad amenaza liberar fuerzas latentes que en cualquier instante pueden provocar una reacción en cadena de imprevisibles consecuencias. Es indudable que los pueblos sojuzgados, ya por conexiones políticas o económicas, cuya fuerza de trabajo ha contribuido hasta ahora a formar la riqueza y el poder de los grandes monopolios internacionales y las oligarquías locales que de ellos dependen, despiertan y se desplazan amenazadoramente en busca de su correcta ubicación en el nuevo orden universal. La sociedad capitalista ha cumplido su ciclo y entra en el cono de sombra; todo denuncia que sus males no tienen cura, pues es su presencia la que obstruye el camino del progreso. Cierto es que las formas políticas decadentes no se derrumban por su propio peso. Los expropiadores no se expropiaban a sí mismos, pero la férrea lógica de los hechos y la implacable dialéctica que corroe pasiva o violentamente sus cimientos actúa sin pausa aunque no siempre sin prisa. La partera de la historia no detiene su tarea e intensifica su intervención a cada *salto* que transforma la cantidad en calidad. Estos acontecimientos oscuros que afloran repentinamente a la superficie desconciertan a mucha gente que cree que es posible defenderse retrocediendo o negando la coherencia íntima, que no se advierte a primera vista, en lo caótico de la nueva situación. Lo actual fue también caótico hasta que alcanzó la configuración que hoy lo distingue; sin embargo, quienes descansan en la ilusión de lo permanente e ignoran que todo fluye con ritmo lento o rápido, y que toda forma social naciente tiende a liberarse de las presiones que la sofocan, pretenden rechazar la realidad concreta con slogans especiosos o posturas sentimentales.

En nuestro país los hechos que agitan el mundo repercuten con intensidad en la conciencia ciudadana aunque no adquieren estado público por razones obvias. La Argentina es un país políticamente desconyuntado y esta acefalía, que no tiene mucho que ver con la disolución conocida, impide, no obstante, las apreciaciones vulgares y epidémicas a que siempre ha dado lugar entre nosotros el "libre juego" de las instituciones democrático-burguesas. La falencia de ese sector, sus anacronismos, sus vacilaciones, sus compromisos turbios con agresivas corrientes monopolistas extranjeras, su tartamudez intelectual cuando pretende explicar lo que sucede dentro o fuera del país, todo ello se manifiesta a través de ridículos comunicados que la misma prensa liberal publica a veces con sugestivas comillas a fin de eludir enojosas afinidades. Estas cosas vienen de lejos, por supuesto, y constituyen el pecado original, irremisible hasta ahora, con que el pueblo argentino debe cargar, en la forma de los partidos políticos que le legó el liberalismo criollo.

Esta desventura cívica será descrita algún día con los tonos trágicos que se merece por algún ingenioso cultor de la picaresca que

hallará aquí material de inspiración para pintar en su exacto colorido las cobardías y bajezas de esta democracia occidental y cristiana aclimatada en el nuevo mundo. Pero este cuadro requiere otras referencias que lo completan desde otros puntos de vista. Deseamos, en efecto, destacar ciertas expresiones nacionalistas que surgen un poco al margen de lo nacional y que pretenden llenar ese vacío provocado no tanto por la desaparición, temporaria quizá, de los partidos políticos tradicionales, sino por un deseo indefinido, sincero a veces, de salir al encuentro de los problemas que gravitan sobre la sociedad contemporánea y cuyos designios revolucionarios y transformadores escapan a la mentalidad colonial o colonialista de algunos importantes sectores de la inteligentsia argentina. El nacionalismo es una de las tantas formas que asume la ideología burguesa y en ese sentido aparece con las naciones modernas y las culturas nacionales; se expresa en el concepto del aislamiento nacional y en la desconfianza hacia las demás naciones y una marcada hostilidad internacional. En las grandes potencias asume una actitud de desdén y desafío. En los países subyugados política o económicamente el patriotismo exaltado tiende a encerrarse en sí mismo. Puede admitirse que en algunas etapas de liberación el nacionalismo resulta un factor emocional positivo de cohesión en cuanto contribuye a galvanizar la resistencia ante la nación opresora, pero debido a su estrechez ideológica y a sus vinculaciones con el tradicionalismo y cierta mística de la nacionalidad no se adapta a los procesos revolucionarios. Un ejemplo es el caso de Egipto: este nacionalismo feudal consigue liberarse del yugo inglés, pero no de sus estructuras medievales.

El nacionalismo europeo de la última preguerra, que ha influido en América, fue hijo directo de la democracia capitalista, es decir, una reacción posible contra el dominio imperialista que cercaba a pueblos científicamente capaces y les impedía el acceso a las materias primas y a los mercados: la guerra de reparto por el botín. Debíó vestirse con un ropaje místico para reunir la voluntad de las masas alrededor de ciertos objetivos apenas disimulados. Y hay que aceptar que la tragedia en que se desembocó dejó algunos saldos positivos: las plutocracias occidentales quedaron heridas de muerte. Ya está llamada la liquidación del imperio británico; sus primos hermanos, por lo demás, envueltos en contradicciones insolubles, son impotentes para sobrelevar la pesada herencia. Los pueblos del orbe, en cambio, son cada vez más conscientes de que el trabajo, esencia del hombre, según Hegel, es también la categoría en la que se han enajenado y convertido en cosa, por lo que deben destruir el dominio de la propiedad privada a fin de que el individuo reconquiste su humanidad perdida.

El nacionalismo argentino, en sus expresiones más importantes, reconoce un origen autóctono, en cuanto reclama su vinculación con Rosas y le agrega ciertas connotaciones cristianas y otras paternalistas no menos

características del caudillo de los federales. Esto en la parte emocional, digamos, porque es necesario comprender que este salto hacia atrás no se da en el vacío; incluye también ciertas estructuras feudales que quedan adheridas como marca distintiva de una concepción que tiene determinaciones económica de clase bien definidas. Es un nacionalismo de corte latifundista, rasgo que no se pierde en otras ramas en que se ha dividido el movimiento. Conserva del pasado su fervorosa adhesión a los grandes caudillos que movilizaron a las masas gauchas de la época precapitalista, y en consecuencia, anterior a la formación del proletariado urbano o campesino. Aquellas masas defendían su modo de vida, su industria artesanal, su derecho a decidir su destino sin la intervención de la voluntad extraña; defendían, en suma, lo que entonces debía considerarse lo nacional. Mas eso que a la sazón era lo nacional desapareció en Caseros, que no sólo abrió de par en par las puertas al liberalismo inversor, sino que a la vez consolidó la posición de los acaparadores de la tierra — entre quienes se hallaban los que hasta la víspera de aquella batalla habían formado el partido de Rosas— que fundaron la granja de Gran Bretaña en la pampa. El nacionalismo romántico de nuestros días ha conservado la visión nostálgica de la existencia de aquel estado primitivo en que una rústica concepción del mundo se defendía con la punta de la lanza de los montoneros. El nacionalismo asume, en parte, un papel legitimista en nuestra tierra, aunque lo que se quiere legitimar está muy distante, mediado por la presencia de una burguesía bastarda. Los montoneros, por lo demás, se han convertido hoy en proletarios, inmensa fuerza de trabajo que ha creado la Argentina —moderna, íbamos a decir, pero nos contenemos por las contradicciones que encierra el término— en tanto que los ideólogos nacionalistas ya no defienden lo nacional que ha nacido con él sino el nacionalismo sentimental vuelto hacia el pasado, definitivamente muerto en algún recodo de nuestra historia, que fomenta una estéril guerra verbal entre unitarios y federales, superada por el tiempo mismo en que debemos situarnos. Ni el recuerdo de Rosas ni el de Sarmiento pueden decidir el porvenir.

Si algún *Weltgeist* hegeliano recorre la vida comunitaria o le insufla nuevo impulso a determinadas exigencias actuales su presencia se advierte en instancias concretas de la vida social, y no en retornos imposibles al pasado ni menos puede residir en teorías desarrollistas o en otras zaran-dajas proclamadas por los representantes del cretinismo parlamentario o los sostenedores del corporativismo peninsular. Lo nacional, como la sustancia viva de lo argentino, está constituido por categorías mucho más ricas y reales que aquellas a que apela el nacionalismo, que pone un énfasis demasiado subjetivo en los valores que exalta.

Dentro del ámbito que las fuerzas sociales delimitan en toda la faz de la tierra no queda lugar casi, como no sea en la Argentina y

en otras partes de América, para las concepciones pequeño-burguesas que alimentan sueños quiméricos. El nacionalismo puede llegar a ser una fuerza positiva si entiende lo nacional y lo asume en su auténtico contexto, es decir, si comprende que debe devolver esclarecido a las masas el conocimiento oscuro que ellos tienen sobre sus propias necesidades.

El hombre debe ser rescatado de su enajenación en el trabajo y para esto es indispensable restituirle a éste su condición creadora y social. Los instrumentos de producción —incluida la tierra, los bancos, los transportes, el comercio exterior—, no pueden continuar siendo el monopolio de una clase. Las masas reclaman en todo el mundo, particularmente, que la plusvalía, que se les arrebató por medio de diversos artificios, se convierta en un bien social y vuelva al pueblo para cubrir sus necesidades elementales y las que demanda la educación, la cultura y la salud; quieren liberarse de la esclavitud asalariada, introducida por el capitalismo, que hace de los hombres autómatas o hambrientos y de los países, débiles presas de los más fuertes; pretenden, asimismo, instituir una fraternidad universal de los iguales dispuesta a conquistar no una felicidad que Hegel consideraba inalcanzable, pero sí la posibilidad real de sentar las bases de una sociedad justa dentro de la cual el individuo ha de sacudirse las enajenaciones materiales y espirituales a que lo someten sus explotadores.

Este movimiento reivindicativo está planteado ya en el mundo, y en algunas partes, su gravedad es tal que el resultado se decide con las armas en la mano, como lucha de clases y sus previsibles consecuencias. Y es obvio destacar que no hay excepciones en cuanto a la condición de las naciones afectadas. El problema no se limita a las subdesarrolladas; también los grandes países poseen su sector sumergido —secuela de la economía capitalista que oprime a la mayoría— como el caso de Estados Unidos y Francia. Además, debe señalarse que este cambio radical de estructuras, tanto en los países explotados, como en los explotadores, se coloca en el plano de lo nacional y es empujado no por el nacionalismo sino por las fuerzas sociales que, inclusive, rebasan el marco de sus propias organizaciones e indican así la línea de embestida del movimiento popular y sus consecuencias futuras.

Cierto es que en la Argentina el juego dialéctico entre las condiciones objetivas y subjetivas mantiene un acentuado desequilibrio y no se vislumbra el planteamiento de cuestiones sindicales inmediatas. La atomización de las fuerzas obreras, la débil base ideológica en que se sustentan, que, por el momento, queda limitada a las luchas intestinas por el predominio de las organizaciones, no permiten esperar el endurecimiento de ese frente. Empero, esto no significa que estemos totalmente al margen de la onda expansiva de reformas que agita al mundo. Constituímos un país aherrajado por estructuras envejecidas, que no pueden

quebrarse desde arriba, por lo que es ilusorio suponer que a la burguesía se la puede dominar o destruir, colaborando con ella. No menos pueril sería esperar que el misticismo nacionalista nos libere del vasallaje económico que nos ata a los grandes de la tierra, con el módico anuncio de revoluciones *morales*, que declaran tabú la reforma agraria, intangible toda otra forma de propiedad privada aunque sí de aplicación rigurosa la dictadura teológica y el culto de héroes y tradiciones que, por ser de ayer, tienen sus raíces a flor de tierra.

Las aspiraciones sociales de las masas y su vocación inconscientemente revolucionaria requieren el apoyo de una filosofía concreta que dé formas a sus ideales, pero que no eluda el desiderátum de aniquilar las alienaciones que alimenta la sociedad burguesa en cuya espesa malla queda triturada la condición humana. Lo nacional es, en consecuencia, una función de lo social. Ambas categorías forman un conjunto inseparable en el plano económico e histórico. Su programa integral sólo puede realizarse con la participación activa de las auténticas fuerzas del trabajo que provistas de la adecuada doctrina política, son las únicas capaces de decidir sobre el rumbo y el sentido de la nueva comunidad humana.

Si el nacionalismo aceptara que el proletariado y la riqueza son términos antagónicos lograría incrustarse en la presente coyuntura histórica nacional, pues debería convenir también en que ambos son engendrados por la propiedad privada. Se vería, entonces, obligado a averiguar el lugar que ocupa cada uno de los términos de la antítesis. La propiedad privada como riqueza —se ha dicho con razón— es empujada a perpetuar su propia existencia y la de su contrario para no negarse a sí misma. El proletariado, a su vez, debe suprimirse a sí mismo y a su opuesto, es decir, a la propiedad privada. “La clase poseedora y la del proletariado representan la misma autoalienación. Mas, la primera se siente a sus anchas y se confirma en esta autoalienación, reconoce la alienación como su propio poder y posee en éste la apariencia de una existencia humana; la segunda se siente aniquilada en la alienación, ve en ella su impotencia y la realidad de una existencia inhumana”. Este es el meollo de la cuestión, de la que se puede dar cuenta dentro de nuestras fronteras, sin renunciar a lo nacional. Por el contrario, mediante esta vía recuperaríamos todo lo enajenado en favor de los monopolios al cambiar el signo de la propiedad privada tornándola propiedad social; destruiríamos a la inflada burocracia que en vez de servir a la sociedad se sirve de ella, y comprobaríamos cuánto le cuesta al país mantener el lujo de la democracia liberal —verdadera dictadura de la burguesía—, explotadora del trabajo ajeno, con cuya plusvalía alimenta la ociosidad de la clase dominante, apenas disimulada mediante una gravosa división del trabajo.

Una carta de H. S. Ferns sobre la frustración del desarrollo argentino

Ni el nombre ni el libro del historiador y economista anglo-canadiense necesitan presentación en nuestro país. En efecto, *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo diecinueve* sigue circulando con profusión aunque fue editado un poco vergonzosamente, sin duda para no irritar a la oligarquía criolla, fundadora, en cierto modo, de la nación y usufructuaria de sus recursos como representante del capitalismo inglés. Algún defensor trasnochado de esta clase antediluviana ha pretendido impugnar este trabajo —cuyo mayor mérito es evidenciar la servil ineptitud de la vieja oligarquía entreguista— y ha debido recurrir a tantos rodeos que termina por enfilarse su crítica contra... Lenin y su ensayo *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, asociación un poco extraña, pero reveladora de las angustias y fobias inconscientes que ronda la mente de muchos intelectuales de derecha.

Ferns sostiene en su libro que la Argentina pudo haber creado en el Plata una fuente de acumulación expansiva de capital propio si ese hubiera sido el propósito de los dirigentes de la política financiera nacional del siglo pasado. Mas la voluntad de aquéllos estaba dominada por los intereses británicos, cuya gravitación, con los altibajos consiguientes, no ha cesado hasta nuestros días. Los grandes nombres que adornan nuestra historia son respetuosos cortesanos del imperio, que, según Borges, quieren a Inglaterra "con amor personal, como si se tratara de un ser humano". Y tan intensa ha sido la pasión argentina de estos barones del cuero y del tasajo que han logrado enriquecerse sin esfuerzo alguno: sólo había que administrar el país en nombre de los verdaderos ocupantes.

El fenómeno que Ferns observa en su estudio y que acabamos de reseñar se repite, de acuerdo con su opinión, por segunda vez después de la guerra mundial de 1939. Esto no lo dice el citado economista en su libro sino en una carta privada dirigida hace unos años al director de esta revista y que ahora publicamos por su indudable importancia. No sólo las consideraciones económicas son valiosas; también hay que destacar las otras, las que se refieren a la organización de la universidad, que para el autor funciona en contra de los intereses del país. Todo esto fue expresado con motivo de la crítica formulada sobre la edición inglesa del recordado libro.

He aquí la carta:

"Birmingham, febrero 26 de 1963.

"Mi querido amigo (en castellano en el original):

"Le agradezco mucho su carta y el ejemplar de la *Revista de la Liberación*. Me siento muy halagado por sus generosos comentarios sobre *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*. Me interesó particularmente su referencia al libro de Furlong *La Revolución de Mayo*. La información que usted proporciona me era desconocida y me parece que es realmente de excepcional importancia para entender la posición de Gran Bretaña en el Río de la Plata antes de la Revolución. Si tengo ocasión trataré de buscar el material en el Archivo Público Oficial de Londres. Por supuesto, no había relaciones oficiales con la Santa Sede en los años 1781-1785.

"Me he interesado particularmente por sus críticas a mis investigaciones finales. No me siento muy inclinado a modificar mis conclusiones. El hecho es que la Argentina es una nación independiente y ha tenido el poder de concretar sus propias decisiones en cualquier momento entre la Revolución y el instante presente. Pienso que los problemas actuales de la Argentina pueden achacarse a la carencia de voluntad psicológica (*psychological unwillingness*) de los argentinos para enfrentar el hecho de su propia responsabilidad a fin de alcanzar su lugar en el mundo. La independencia nacional no sólo requiere coraje sino que también exige un conocimiento científico de los problemas. Un buen ejemplo de las oportunidades perdidas lo proporciona el insatisfactorio método del presidente Perón en el trato con Inglaterra sobre las inversiones en la Argentina. Al final de la segunda guerra mundial, la Argentina poseía más de mil millones de libras esterlinas bloqueadas según los intercambios disponibles para estimular el desarrollo del capital en el país. ¿Qué aconteció? A favor de la absurda idea de que la Argentina debería poseer sus propios ferrocarriles, el gobierno de Perón despilfarró 260 millones de libras para comprar un conjunto de hierro viejo (*old iron*) en la forma de ferrocarriles. Una inteligente política económica esta al en esa oportunidad pudo haber cambiado toda la estructura del desarrollo argentino. En 1945-50 Gran Bretaña no estaba en condiciones de imponer sus términos a la Argentina.

"Me parece que la comunidad argentina carece de los medios de estudiar seriamente los problemas económicos. Las universidades argentinas están insuficientemente desarrolladas en el aspecto económico y estadístico. Hay un desajuste en la investigación de las ciencias sociales. El resultado es que la comunidad argentina intenta demasiado a menudo resolver los problemas económicos con *slogans* políticos.

"Discúlpeme, soy un creyente convencido de la independencia de la Argentina.

"Espero visitar algún día la Argentina y mucho desearía tener la oportunidad de encontrarlo y continuar esta discusión.

"Suyo sinceramente. — H. S. Ferns.

"P. S. — Perdón por usar el inglés, pero soy incapaz de hacerlo aun en mal español".

Crítica del Programa del Movimiento en Defensa del Patrimonio Nacional

Invitada a expresar su opinión sobre el Congreso del Movimiento en Defensa del Patrimonio Nacional (MODEPAN) que orienta el general Rosas, esta revista ha hecho llegar la siguiente nota a las autoridades pertinentes con respecto del programa mínimo elaborado para servir de punto de coincidencia de los sectores progresistas:

Creemos que un programa mínimo de recuperación nacional y de encuentro de los argentinos, dentro del panorama de total entrega de la economía nativa y de deterioro de la voluntad ciudadana, debe comenzar por nuclear antes que nada a las fuerzas progresivas consideradas como aptas para servir a la causa de la revolución indispensable para sostener cualquier intento de independencia cultural y económica. Las condiciones objetivas para un cambio radical están dadas: América del Sur se halla en poder de los monopolios internacionales. Sus clases dirigentes y todo el aparato político e institucional que las rodea —a veces representadas por las fuerzas armadas, último eslabón del proceso de desintegración de la fingida democracia representativa— constituyen la garantía de ese enfeudamiento. Pero como este mal surgió con la libertad del continente durante el siglo pasado y los individuos nacen y mueren dentro de un ámbito de inmoralidad esencial cada vez más sofocante y aceptable por la inercia misma de los hechos, no es tarea sencilla provocar las condiciones subjetivas que han de hacer estallar la vieja caldera. Es difícil encontrar un argentino que no sepa cuál es el origen de los males del país, aunque más difícil resulta incitarlo a la acción coordinada e inteligente, liberarlo de las ataduras del egoísmo, del mezquino interés y del sucio conformismo que la concepción del mundo democrático cristiano, tomada de segunda mano, ha insuflado en él.

Así, en este orden de ideas, pensamos que para "preservar en manos

argentinas el vasto patrimonio nacional" será necesario arrancarlo de la propiedad privada y del monopolio y devolverlo al servicio del pueblo que lo creó con su trabajo. Este designio no puede resolverse en el plano de la teoría simplemente sino que requiere la necesaria referencia a una praxis directa y sostenida, dilema que se ha de plantear —y esto hay que preverlo— en el preciso momento en que se traten de ejecutar las medidas de liberación. El ahorro nacional, en este caso, "fruto de un siglo y medio de esfuerzo argentino", no existe; le ha sido robado al país y a sus hijos más humildes desde 1810 por una clase entreguista puesta al servicio incondicional del capital inglés antes y del norteamericano ahora, o de ambos a la vez según las circunstancias. Junto con esa clase se ha desarrollado también una superestructura que en forma de justicia, enseñanza oficial o privada y cultura general ha santificado el despojo y ha elevado a la categoría de héroes a los responsables de este saqueo permanente.

Por cierto, es indiscutible que el ahorro nacional se debe transformar en "capital nuestro y no de extraños a la República". Aunque verdadera, en el fondo la fórmula resulta ambigua por su enunciado demasiado amplio; la burguesía nacional está constituida por los elementos más indeseables de la sociedad argentina y no puede tomársela como base de una serie recuperación. La vía, para llegar al desideratum expuesto es, fuera de toda duda, la revolución. La historia no presenta ejemplo alguno de cambio evolutivo en que los expropiadores se hayan expropiado a sí mismos. Y para que este esquema adquiera vida se necesita un movimiento que mudo de la adecuada teoría revolucionaria lo lleve a la práctica. El privilegio no se ablanda con oraciones, aparte de que los derechos conculcados o desconocidos no se negocian ni se mendigan; se reivindicán mediante la violencia naciente opuesta a la violencia consagrada.

"Impulsar el desarrollo armónico de las diversas regiones del país en forma que nuestra economía esté realmente integrada por todas las producciones de las provincias o regiones, y no sólo como ocurre hoy, en que es una expresión deformada del Gran Buenos Aires", es una tarea impostergable si se desea modificar la fisonomía del país. Dudamos, sin embargo, que los burgueses criollos, hábiles para medrar, aunque timoratos, sin imaginación y sin cultura —que todavía se apoyan en las ideas de Alberdi o de Sarmiento— tengan algún atisbo de la magnitud del problema que aquí se plantea; además, si lograsen entenderlo retrocederían espantados antes de aplicar la solución correcta. La única clase que puede y debe negarse a sí misma es el proletariado porque en la lucha no arriesga más que sus cadenas. Esa desmesurada deformación económica, creada a través de un siglo largo en el que el ferrocarril inglés, el monopolio portuario, la extensión del ganado vacuno en Buenos Aires y su correlato, el frigorífico, constituyen un complejo nudo, no se podrá resolver con dis-

curso ni decretos; habrá que cortarlo cuando el proceso dialéctico acelere su curso. Un revolucionario contemporáneo, de esos que han creído en las masas, ha dicho que el nuevo derecho —que deberá oponerse resueltamente al de 1853— nace del tubo de un cañón, pero este instrumento, para ser en verdad eficaz tendrá que manejarlo el brazo del pueblo.

“Incrementar las exportaciones tradicionales y no tradicionales” es también un postulado insoslayable en el cuadro de una Argentina pujante vuelta audazmente hacia el porvenir. No obstante, la fórmula vuelve a ser endeble, ya que para llegar a dominar los rubros mencionados con amplitud hay que crear una industria pesada, mecanizar y planificar la agricultura, romper los vínculos que atan las manos del trabajo argentino y lo convierten en fuerte proveedor de plusvalía absorbida por los monopolios internacionales. El mito de la libertad abstracta y de la democracia liberal, y sus sucedáneos, las dictaduras castrenses que amparan las expropiaciones de los pueblos americanos, forman el resabio funesto que como fuerza regresiva paraliza la voluntad revolucionaria de las masas del continente. La democracia importada ha sido el opio que adormeció a los pueblos de América y los entregó después inermes en brazos de los ejércitos de ocupación, a los que los gobiernos imperialistas y sus voceros, la gran prensa, aceptan ya como genuinos representantes de lo que no es otra cosa que la desintegración civil de grupos humanos subdesarrollados. Por tal causa si los burgueses pretenden realizar estos propósitos emancipadores con sus anticuados instrumentos ideológicos no son honestos, y si en verdad están decididos a destruir las viejas estructuras tendrán que dejar de ser burgueses.

“Organizar un régimen de acceso a la tierra que facilite su propiedad a quienes la trabajan” es una consigna pequeño burguesa que, a la postre, escamotea el tema candente de la reforma agraria; deja intacto el actual régimen feudal de la estancia clásica, la de Curules y su gaucho amaestrado, don Segundo Sombra, puesto que nada dice del destino que se dará al gran latifundio, base y fundamento del patriciado argentino, tan pernicioso para el país y de mal gusto para los paseos públicos que soportan sus estatuas. La tierra es un bien común y nadie, que no sea la colectividad, puede reclamar derechos sobre ella, ni sobre su producto, como sobre toda otra producción realizada mediante el esfuerzo colectivo de los individuos.

Por cierto este programa mínimo se resiente de unilateralidad ya que pone su acento sólo en el aspecto económico, muy importante, sin duda, mas olvida que nuestro país mantiene una serie de categorías culturales alienantes que han venido sofocando a la inteligencia argentina y la han inutilizado para la acción fecunda y creadora.

En primer lugar debemos mencionar el dañino virus del liberalismo que llegó a la Argentina junto con la expansión del comercio británico

en América y adquirió fuerza jurídica con la Constitución del 53. Se funcionalizó después como ganzúa para despojar el país e instrumento para reformar la mentalidad nativa por medio de una escuela a la medida de Sarmiento, que enseña los rudimentos del saber a los esclavos de la burguesía a fin de que sean menos inútiles, y de la universidad rivadaviana, que crea especialistas aptos para enriquecerse en el ejercicio de profesiones liberales o para oficiar de entregadores ante los mercaderes y capitalistas extranjeros. Esta escuela sin dignidad y esta universidad sin honor sobreviven como un residuo del pasado que debía avergonzar a los argentinos de hoy. Destruir esos antros de oscurantismo y de la traición al pueblo, refugios de la perversa semilla escolástica o liberal, es lo único que pueden desear las nuevas generaciones que gastan las energías de sus mejores años en escuchar a los “lacayos diplomados” del imperialismo. Además, en un reordenamiento de la enseñanza, que la clase burguesa semitrada nunca realizará, deben desaparecer las franquicias que cierto gobierno de indigna ascendencia inmigratoria concedió a las entidades privadas —léase religiosas— para tornar más tétrico el cuadro pedagógico argentino y más alejada la cultura de las posibilidades populares.

Tampoco podrá un congreso que dedique sus esfuerzos a la recuperación nacional dejar de considerar el inquietante horizonte de los gastos militares que sin que lo justifique la importancia demográfica de la nación ni el carácter específico de la fuerza armada que para nosotros sólo debe garantizar “un pacifismo ideológico de convicción y sentimiento”, demandan sumas que desequilibran constantemente su presupuesto.

Asimismo, es indispensable subrayar que cualquier esfuerzo por cambiar la infraestructura del país requiere el concurso de sus sectores más auténticos, las fuerzas del trabajo, sin cuya presencia física y activa nada podrán realizar los exponentes minoritarios de la burguesía medrosa, eterna servidora de sucios intereses, o los intelectuales ávidos por hacer carrera y dispuestos a traicionar todo programa mínimo o máximo que no se ajuste a su mezquino individualismo.

Se trata, por último, a esta altura de la vida histórica y social de hallar los medios adecuados, que pueden ser pacíficos o violentos, para reajustar el proceso de producción sobre bases distintas a las que hasta ahora han prevalecido, es decir, si la sociedad capitalista encontró la forma para llegar a la producción socializada a través de la esclavitud salarial, las fuerzas que sufren esta alienación deben negarse como clases esclavizadas y conquistar la apropiación social de los bienes producidos por el esfuerzo de todos. Otra cosa no significa más que postergar la hipocresía de un sistema que habla de libertad y justicia en tanto persiste en defender la propiedad privada y el monopolio, fuentes de todas las lacras que afectan a la comunidad y al hombre que la constituye como su único valor.

OBRAS, TEMAS e IDEAS

LOS MANUSCRITOS ECONOMICOS FILOSOFICOS DE 1844

Esta obra de Marx, publicada por primera vez en alemán en 1932, ha llegado a ser un documento esencial para estudiar los orígenes de la teoría económica y filosófica del materialismo histórico y dialéctico. Cronológicamente antecede al *Manifiesto* y este hecho es significativo porque evidencia la línea de embestida del marxismo. Los filósofos "progresistas" de la burguesía y los intérpretes burgueses de la "izquierda" han logrado que este ensayo, en apariencia "olvidado" por el mismo Marx, se convirtiera en la manzana de la discordia, si bien todos ellos concuerdan en que el autor se revela aquí como un moralista "inofensivo bastante alejado de la praxis revolucionaria", según la fórmula acuñada por Carlos Astrada en *Trabajo y alienación*.

Los intentos revisionistas al respecto son bien conocidos y representan una bibliografía que crece sin cesar, promovida por los intereses más dispares, el principal, tratar de adaptar mañosamente a Marx a las necesidades de un mundo que ya no cabe dentro de las envejecidas estructuras de la democracia liberal o cristiana aun-

que sus ideólogos creen que pueden salvarlo apelando a fraudes de esta especie. El humanismo marxista, tal cual surge de los *Manuscritos* no es planta que pueda desarrollarse dentro de una sociedad cuya única preocupación es defender la propiedad privada y el monopolio.

El tema considerado se actualiza ahora, pues acaban de aparecen aquí, y en España, sendas traducciones —con largos e inaceptables prólogos—, que tampoco superan a las ya conocidas ni en precisión terminológica ni en el respeto a la rica expresividad del pensamiento de Marx.

La versión española de Alianza tiene el mérito de haber sido realizada del alemán y en tal sentido sus aciertos son mayores que los que ofrece la que Arandu realizó entre nosotros. Si en la primera se observa una verbosidad incontrolada, en la otra el error de haber elegido como punto de partida el trabajo de Botigelli, da lugar al defecto inverso: sequedad, pobreza del estilo y no pocas construcciones de sintaxis desmañada, carentes de gracia y de fluidez, sin contar la literalidad con que se ha vertido el francés, que, en ocasiones, llega hasta el disparate.

Sin embargo, no es el caso de insistir en este aspecto ya que el lector puede obtener él mismo, ele-

mentos de referencia para formular su propio juicio. Aquí nos interesa más ocuparnos de las generosas —por sus extensión— introducciones que figuran a la cabeza de cada obra. En ambas aparecen también diferencias que coinciden ni se nos permite vincular dialécticamente extremos tan dispares. Es cierto, en efecto, que los prologuistas siguen caminos distintos o, por lo menos, esa ha sido la intención, que no siempre se cumple. En el estudio previo de la edición española hay un evidente propósito de limar los acerados dientes del pensamiento marxista. "Por supuesto —se reconoce— no es que estas páginas escritas a los veintiséis años señalen ya el término del desarrollo intelectual de su autor, que había de dedicar aún al estudio cuarenta años de su vida, pero sí puede afirmarse sin exageración que en ellos está ya constituido el espíritu que habrá de informar toda la obra posterior". Esto es exacto, aunque no basta para ubicar a los *Manuscritos*, sobre todo si en seguida se agrega ambiguamente: "En cierto sentido podríamos decir que constituyen un programa de trabajo que, en parte, quedaría sin realizar y en el cual están ya incoados los resultados finales". Aquí está dado el pretexto para incrustar el sedicente humanismo marxista que Marx no habría podido desarrollar filosóficamente. Toda la beatería referente a la libertad, al individuo, la felicidad humana, la imposibilidad del enfrentamiento arma-

do a causa del avance tecnológico reaparecen evocados por la "brillante" pluma de un señor Schaff, autor polaco que se dedica con empeño al marxismo de cartilla. Sobre el fondo inmodificado de la propiedad privada y otras alienaciones de la sociedad capitalista, embellecida subrepticamente, se procura tender una línea de coexistencia ideológica entre dos mundos separados por un abismo. Se pretende, de este modo, conservar formas espurias de la vida burguesa al lado de preceptos éticos forjados para una sociedad liberada del afán de lucro y de la explotación del hombre. Marx, es verdad, no condenó en bloque a la cultura burguesa; creía, no obstante, que lo que hay de rescatable en ella sólo podría salvarse a través de una revolución purificadora. Esta idea está en la base de los *Manuscritos* y se expande en toda la obra posterior de los creadores del materialismo dialéctico. Sin duda, por tal motivo los *Manuscritos* son una guía para la praxis. Así, la interpretación que hoy se les quiere dar es ajena a la época, al espíritu doctrinario del marxismo y al contexto social en que emergieron.

Por otra parte, es una majadería afirmar que "para los marxistas tradicionales la relación entre marxismo y filosofía ha quedado de siempre explicada con una simple remisión a la última de las tesis sobre Feuerbach, de que los filósofos han explicado ya el mundo y que ahora se trata de

cambiarlo." Se quiere dar la impresión de que para los marxistas la filosofía se convierte en una teoría de la acción pura, como si Marx no hubiera desmantelado toda la vana presunción de los "sistema filosóficos" tan íntimamente ligados a los intereses de las clases dirigentes y, a la vez, puesto al descubierto sus raíces en la infraestructura de la sociedad burguesa. La filosofía que Marx predica es la del cambio, la que sostiene que la historia es obra de los hombres y que nada persiste frente al devenir. Mas ningún movimiento tendiente a modificar la realidad ha sido desencadenado por la acción pura sino a partir de una situación objetiva dada y estudiada. Los ejemplos de la Revolución del 48 o de la Comuna de París, son episodios claros de una lucha que se afirma en su misma praxis, pues de ella extrae la experiencia y el conocimiento indispensable para avanzar, si bien no reniega de la teoría. La realización de la filosofía preconizada por Marx y Engels no es lo que Marcuse, ideólogo al servicio del Departamento de Estado, le ha hecho creer al prologoista de esta edición de los *Manuscritos*. El filósofo germano—"una de las mentes más lúcidas del pensamiento marxista contemporáneo, según el hiperbólico juicio del comentarista"—toma las cosas al revés y el señor Rubio Llorente parece aceptarlas con insoportable ingenuidad. Marcuse ha dicho que "la transición de la muerte inevitable del capitalismo

al socialismo es necesaria, pero sólo en el sentido en que es necesario el pleno desarrollo del individuo..." Esta fórmula tergiversa la esencia del marxismo y para entenderla en todas sus implicaciones actuales hay que relacionarla con la tesis del "enorme progreso del neocapitalismo" que el autor del prólogo admite junto con la desembozada apología del imperialismo monopolista. El hecho concreto es, a pesar del sofisma de Marcuse, que Marx no condiciona la destrucción—creemos que no habla de muerte—del capitalismo a una previa plenitud del individuo. Todo lo contrario, para que sea posible liberar al hombre de sus alienaciones e integrarlo en una comunidad cultural y de trabajo, es indispensable aniquilar los obstáculos que impiden ese designio; es decir, hay que destruir la infraestructura en que se apoya la sociedad capitalista. Podríamos rectificar a Marcuse así: "El necesario y pleno desarrollo del individuo sólo será posible si se destruye antes al capitalismo para abrir paso libre al socialismo".

Estamos de acuerdo, por cierto, en que la meta a alcanzar en los *Manuscritos*, que se designa con el nombre de comunismo, es algo infinitamente más complejo que la simple supresión de la propiedad privada. Sin embargo, toda la doctrina de Marx, desde sus primeros escritos, deja entrever con suma claridad, que si no se comienza por eliminarla, los demás

objetivos no son más que vanos sueños de reformistas utópicos.

Es falso, asimismo que Marx se haya desinteresado de la interpretación del mundo. Puesto que lo interpretó a la luz de toda la filosofía anterior llegó a la conclusión de que había que romper el círculo vicioso y fundamentar una doctrina que uniendo la teoría y la praxis sirviera para modificarlo de raíz. Que es la única manera de llegar a un fecundo y auténtico humanismo, el cual nada tiene que ver con las variedades conocidas. Por eso tampoco es verdad, según se sostiene en el prólogo, que la categoría de alienación haya sido fecundada por "aportaciones procedentes de otros pensamientos muy disímiles", como el de Freud o Marcuse. Este designio va más allá de lo tolerable en materia de tergiversación ideológica, pues completar a Marx con el médico vienés o con un filósofo extranjero a sueldo del gobierno americano no es sólo un recurso deshonroso sino también una irresponsabilidad intelectual por los desniveles filosóficos implicados.

En lo que respecta al estudio que precede a la edición argentina se ha intentado, sin duda, diseñar la perspectiva en que se proyectan los *Manuscritos*, pero el esfuerzo no ha logrado concretarse. Hay demasiados elementos secundarios acumulados a través de una visión un tanto difusa que empieza por suponer, gratuitamente, que Althusser, Della Volpe o Schaff son marxistas-leninistas consagrados; a la vez se olvida la biografía local de un pensador como

Astrada (*Trabajo y alienación*, en particular) con lo que quizá se hubiera ahorrado el autor una desdichada referencia final a Husserl, que en esta introducción viene a jugar el papel que desempeña Marcuse en la anterior.

Creemos que la manera más adecuada de apreciar la importancia de este genial trabajo de Marx y sus profundas anticipaciones consiste en enfocarlo desde la obra acabada del filósofo, es decir, comprobar en un viaje de regreso hacia los *Manuscritos* cómo se expande esa prieta y juvenil concepción del mundo y adquieren sentido y resonancia sus fórmulas económicas y filosóficas. Tratar de hallar un esotérico sentido de los *Manuscritos*, sobre lo que el autor habría intentado hacer o decir, es caer en el planteamiento de los intérpretes burgueses que pueden aferrarse de este modo a un humanismo trivial de tono ético y lacrimoso que sirve sólo para dar una idea absolutamente falsa del Marx histórico.

No pensamos que "el valor apreciable" de los *Manuscritos* consista nada más que en haber presentado por primera vez "los elementos fundamentales que componen la praxis en el trabajo humano" ni en "haber definido el comunismo como humanización". Mayor mérito fue descubrir el aspecto negativo del trabajo como consecuencia de la instauración de la propiedad privada, la que aparece así condenada a ser destruida si en verdad se quiere salvar al hombre de su aplastante enajenación. Así, pues, resultaría

lógico suponer que para lograr la meta de la humanización del individuo se requiera antes un instrumento revolucionario capaz de eliminar los obstáculos que impiden

JOSE MARIA ROSA, LOS BORGIA Y EL REVISIONISMO

El escritor rosista se ha auto-reportado, elaborando con cuidado una serie de preguntas que le permiten hablar sin arriesgar una posición entre librepensador dieciochesco y la de clerical anticoncilista, entre escritor de avanzada, sobre todo si se le paga el viaje a un país socialista, y como historiador reaccionario que ensalza a Rosas, ganadero - terrateniente y enemigo de las luchas revolucionarias de los obreros.

Se opone al avance de las sociedades hacia un objetivo determinado, porque para él esto es sólo una aspiración de los liberales o de los marxistas, y su concepto de progresista lo condiciona al logro del bienestar individual, de una clase social y de una comunidad nacional.

Además de ser falso el atribuir al liberalismo un anhelo de cambio social igual al que propugna el socialismo, niega la posibilidad de la transformación social hacia una verdadera liberación humana y, además, como él sostiene que sólo existe una clase social, el progreso

crear las condiciones concretas dentro de las cuales el hombre ha de ser redimido de la inhumanidad que padece dentro de la sociedad burguesa. — A.R.

lo circunscribe al bienestar de la misma.

Formado en el positivismo de sus maestros Comte, Durkheim y el decadente O. Spengler, resulta evidente que no pueda comprender los problemas históricos y sociales del complejo momento actual ni del pasado.

Aunque confiesa que no ha entendido *El Capital*, que es no haber comprendido el marxismo, incursiona sobre Marx, el materialismo histórico y las luchas de clases y nada le impide referirse a una teoría que no comprende, a no ser la irresponsabilidad, muy común, de hablar de lo que se ignora, ya sea con respecto al socialismo, como referente a los problemas de la historia, economía, filosofía a igual que de cualquier otra ciencia.

Es así que por desconocimiento debe repetir la desacreditada frase de que Marx fue el profeta de una nueva religión, y que tomó premisas del liberalismo. Y ya en ese terreno de emitir juicios sobre lo que reconoce ignorar, atribuye a Marx ser causante de haber retardado más de un siglo el advenimiento del socialismo, a causa de haber fundado su teoría sobre base científica, en lugar de dejar librada la revolución a la espontaneidad.

Aunque sabe bien que no puede citar un solo caso de lucha espontánea de masas que haya triunfado en la historia de ningún país y, que los fracasos de las mismas, con los sacrificios del pueblo, hizo que Marx y Engels extrajeran conclusiones que sirvieron de fundamento al triunfo de las revoluciones socialistas de la U.S. y de la China del poeta Mao.

En cambio, cuántos ejemplos de heroicos sacrificios de luchadores y pueblos pueden citarse, a causa de improvisadas rebeliones incitadas por la desesperación, por el anarquismo reaccionario o el trotskismo aventurero y otras corrientes actuales no menos falsas.

La burguesía recompensa bien a quienes cumplen el papel de provocadores en incitar a acciones destinadas al fracaso, pero los obreros van adquiriendo experiencia como para dejarse arrastrar con facilidad por seudos jefes, en aras de una suicida improvisación, cuando saben que las condiciones objetivas y subjetivas no han alcanzado cierta etapa de su desarrollo que han llevado años de lucha, de preparación y estructuración de una vanguardia conductora.

Acerca del materialismo histórico tampoco parece entender nada, confunde causas con efectos, infraestructura con superestructura y fundamentos económicos (que designa llamando materiales), con sus manifestaciones y reflejos.

Para él Marx sólo difundió el materialismo histórico, pues, según

Rosa, fue creado antes, aunque por razones de elemental imposibilidad no cita quienes fueron sus elaboradores. Si indicara que Marx no inventó el materialismo histórico, sería verídico. Pues su teoría no es una elucubración, sino que la funda, la crea, teniendo en cuenta expresiones y teorías anteriores y contemporáneas a él vinculándolas con la realidad, con la vida real.

Si en verdad Rosa reconoce que no entendió el marxismo, aunque espera lograrlo más adelante, se aventura a señalarle errores, en especial, el atribuir a los movimientos sociales "banderas materiales".

Marx nunca habló de "banderas materiales", corriendo por cuenta suya la imprecisión y confusión de ese concepto.

El principio marxista, que ningún filósofo, economista o historiador responsable ha podido controvertir con fundamentos, y, que los mejores pensadores de distintos países emplean como método insustituible en sus investigaciones científicas, está expuesto en un prólogo mil veces citado, en la *Crítica a la Economía Política*, de 1859, que es de fácil consulta para quien desee informarse antes de hablar banalidades.

Tampoco le parece exacta la lucha de clases, que define como "agrupación de intereses individuales", y que sólo "predomina en sociedades cuyo vínculo social está flojo".

Si bien advirtió a sus lectores que no sabe nada de marxismo, esas afirmaciones implican una absoluta

irresponsabilidad, pues existen buenos trabajos de autores no marxistas que tratan el tema con amplio conocimiento y seriedad, a los que pudo recurrir el escritor para evitar estos desvaríos.

Pero su propósito aparece claro si tenemos en cuenta que niega la existencia de las luchas de clases, pues según él, sólo existe una clase social, la burguesía, con mentalidad de clase.

En cambio los obreros, los campesinos, los empleados, explotados por el capitalismo, por la burguesía, no son clases sociales, sólo son "mentalidades sociales".

Así, pues, los obreros y campesinos no deben luchar contra la clase explotadora, ya que no tienen mentalidad de clase opuesta, no deben buscar la liberación de sus cadenas suprimiendo la lucha de clases mediante una sociedad de verdadera liberación humana.

Además, trata de evitar el interrogante acerca de a qué clase social pertenecía Rosas, qué intereses defendía y representaba, y por qué se expresó contra las luchas revolucionarias del proletariado, a raíz de los combates del pueblo francés.

No resulta muy clara la diferenciación que hace de ciertos aspectos del fascismo con algunas variantes del nacionalismo rosista, y de por qué se nutre este último del falangismo y del salazarismo agonizante.

Elude recordar al nacionalismo monarquista que bien financiado

publicó una revista que estaba en la luna, como también a la sombra del sol que más calentaba.

Nada dice de los nacionalistas rosistas que querían reimplantar la colonia española en el Plata, "patriotismo" que tiene un adjetivo preciso.

Se olvidó mencionar la "gauchada" nacionalista y patriótica de Rosas al obsequiar la Bandera Argentina para adornar como trofeo el escudo de armas familiar del inglés que, precisamente, contribuyó al acto de filibusterismo contra las Islas Malvinas.

Lo que resultaría importante es que pudiera explicarle a sus ingenuos seguidores si es mera casualidad o lógica consecuencia de su revisionismo trasnochado el que siempre estén de rodillas frente a todas las corrientes políticas reaccionarias, y sean los admiradores e imitadores de las dictaduras antipopulares que soportan los países de América y Europa.

Por eso resulta curiosa la posición nacionalista del revisionismo rosista que dice luchar contra el imperialismo inglés y no contra el yanqui, porque a este último no lo consideran un "hecho histórico".

De esta manera propugnan una actitud pasiva contra el avasallamiento yanqui y, para que los obreros, los hombres de avanzada, depongan sus armas hasta que aquél adquiera carácter de "hecho histórico", según el rosario rosista.

No es casual que Spengler le

"guste" (sic), y afirme que no es necesario la existencia de una ideología, siendo suficiente tener patriotismo, pues, en base a la actuación de Rosas, y la ausencia absoluta de la menor trascendencia de una obra económica-social de su gobierno, no podía fundarse ninguna teoría, solo un nuevo manual para vacunos. Rosa quiere imitar a Disraeli y explotar al pueblo inglés y hacerlo trabajar a beneficio de los nacionalistas rosistas.

Así quedan en claro las verdaderas entrañas del rosismo, al que últimamente quieren agregar la figura de otro ganadero, el Brigadier Saavedra.

No nos extrañaría que algún rosista se haga eco del señor Rosa y emprenda un "erudito estudio revisionista" de los Borgia o de Wilkes Booth, el asesino de Lincoln, según lo anuncia insinuante.

Luego acepta que en toda época se encontrarán aspectos claros y oscuros, y a ese efecto recuerda los golpes de los estudiantes que lo expulsaron de la cátedra en 1942, 1944 y 1955, es decir, que los universitarios, antes de Perón y durante el gobierno de Perón, lo arrojaron del claustro sin muchas contemplaciones al conspicuo nacionalista rosista y ahora peronista.

ta, pues en esas oportunidades no los había logrado engañar, como resulta ahora al vender una historia hecha a tijeras y refritos propios y ajenos.

La venta de su libro le sirve al ególatra autor como barómetro para afirmar que la Argentina está madurando como nación. Curioso método si lo aplica a Sarmiento o Mitre, cuyas obras por decenas de ediciones superan en mucho los éxitos de la suya, sin que a nadie medianamente normal se le haya ocurrido extraer tal consecuencia.

Del papel agresivo de los monopolios financieros de los Estados Unidos en Vietnam, sólo se le ocurre calificarlo de *tonto*. El heroísmo del pueblo que lucha contra la invasión, de sus dirigentes revolucionarios y del apoyo de los pueblos del mundo, son circunstancias que no cuentan, según el señor Rosa, para quien el único factor determinante es el "espíritu nacionalista"; claro que le faltó agregar "espíritu revolucionario nacional", fundamentado en una teoría que Rosa no comprende, pero sí los obreros y campesinos que empuñan las armas de la liberación, guiados y entrenados por su vanguardia en años de lucha, sin dejar ni los menores detalles a una espontaneidad suicida. — R. E.

ZELLER Y LA FILOSOFÍA GRIEGA

Entre los grandes historiadores de la filosofía griega, que siguieron las huellas de Hegel, Eduard Zeller fue, sin duda, el más eminente de su tiempo. Desde su cátedra de la Universidad de Berlín ejerció un influjo extraordinario no sólo por su vasta erudición sino también por su labor de publicista apreciada altamente por los estudiosos alemanes y europeos. Prueba de sus brillantes dotes de investigador y expositor es su historia en tres volúmenes *Die Philosophie der Griechen*, indispensable todavía para el estudio del pensamiento helénico.

Esta obra monumental, orgullo de la bibliografía alemana, fue compendiada por el mismo Zeller, quien la tituló, con excesiva modestia, *Grundriss der Geschichte der griechischen Philosophie*. En tales condiciones se convirtió en un valioso instrumento de manejo accesible y en una introducción magnífica a la filosofía helénica desde su surgimiento en los poemas homéricos hasta los neoplatónicos.

La Editorial Siglo Veinte acaba de publicar este libro en traducción de Alfredo Llanos con el título *Fundamentos de la filosofía griega*. Se incorpora así al acervo bibliográfico de los estudios filosóficos un trabajo de gran jerarquía que agrega a sus méritos intrínsecos el atractivo de la prosa de Zeller, cuidadosa del detalle, del or-

denamiento del material y del método expositivo.

Aparte de una introducción donde se determina el sentido, las fuentes y el origen de la filosofía griega, queda ésta dividida en cuatro períodos bien caracterizados: La filosofía presocrática, que incluye a los milesios, los pitagóricos, eleáticos, Heráclito, la gran sofística y los sistemas de transición del siglo quinto; la filosofía ática, que comprende a Sócrates, Platón, Aristóteles y las ramas subsidiarias; la filosofía helenística, con la Stoa, la escuela cínica, el epicureísmo, el estoicismo y el eclecticismo, y, por fin, la filosofía del imperio romano que encierra la continuidad y el renacimiento de las viejas escuelas y el neoplatonismo, último vástago del pensamiento helénico.

Para el desarrollo de estos cuatro temas Zeller parte de una concepción del mundo griego que se ha ampliado después de él. En efecto, asegura, con razón, que "los helenos mismos relacionaban su tendencia espiritual con el clima de su soleada tierra, la que, empero, no era tan rica que hiciese innecesario el trabajo: la pobreza es la madre de la virtud. A la vez su territorio daba el frente al mar y al comercio con los pueblos extranjeros. De aquí provenían variados estímulos, mas cuanto recibieron se lo apropiaron y lo desarrollaron según sus propias exigencias".

Por eso puede decir Zeller, al considerar el período del pensa-

miento presocrático, que "no es aventurado suponer, en consecuencia, que las necesidades prácticas y los intereses fueron un elemento importante en la filosofía jónica", la que se distingue por su fusión con la ciencia de la época. Esta tendencia especulativa ha recibido el nombre de materialismo, con excepción, tal vez, del sistema de Anaxágoras, y de este modo se supone que la filosofía presocrática contiene en sí todas las posibilidades de expansión que aparecerán más tarde, sin excluir a los viejos sofistas, a quienes el historiador alemán adjudica el mérito de haber conducido el pensamiento griego al estudio del hombre y de haber colocado el cimiento de la educación sistemática de los jóvenes.

La filosofía ática, segundo período de la división que establece Zeller, comprende los nombres de Sócrates, Platón y Aristóteles. Todos ellos son objeto de una brillante interpretación, pero mientras Sócrates, con su constante interés por las cosas del mundo, se asemeja a los monistas jónicos y sintetiza las cualidades esenciales del pueblo griego, su filosofía se vio fortalecida en su discípulo, Platón, mediante el agregado de elementos eleáticos y se combinó con el misticismo de los órficos y pitagóricos. Con Aristóteles se afirmó la reacción en favor de la ciencia natural que había sido más o menos desdeñada por Sócrates y Platón. Sin embargo, Zeller tiene plena conciencia de que el jefe de la Academia se sumerge "en una

ciencia senil" cuando en *Las Leyes* propone la pena de muerte para quienes persistan en el ateísmo. "Con este llamado a la fuerza contra la razón —insiste Zeller— la libertad de pensamiento cayó bajo la censura del Estado y la filosofía se convirtió en dogmatismo".

La tercera parte del libro, dedicada a la filosofía helenística, o sea el impacto que el pensamiento griego recibió con motivo del surgimiento del poder macedónico y sus fulminantes conquistas en Asia, contiene una condensada información de las llamadas "escuelas menores". Los estoicos, cínicos, epicúreos, escépticos y eclécticos son agrupados en ordenada síntesis inhallable en textos de esta clase. Esta filosofía de la "decadencia" griega, que coincide con la pérdida de la libertad política de Atenas, presenta un notable trasfondo ideológico en el que se incuban cabalmente nuevas concepciones y apuntan aceradas críticas contra el idealismo clásico, como puede observarse en Epicuro o en los esbozos de anárquicas rebeliones de tipo social, que se diluyen en actitudes personales, según las expresan los cínicos.

Finalmente, la cuarta parte ofrece un cuadro muy completo de la actividad filosófica en el imperio romano, el que sólo aclimata y adapta a sus necesidades pragmáticas el pensamiento moral de los estoicos y epicúreos. El neoplatonismo, que nace en tierra egipcia, en un suelo abonado por la gran tradición griega, se expande en Roma como mis-

ticismo y su influencia no llega más que a una *élite*. Hay en esta sección del libro cierto tono melancólico, casi elegíaco, concorde con una forma de la vida del pensamiento otrora vigoroso y audaz, que ha ido desapareciendo a medida que un pueblo menos especulativo y alejado de las sutilezas del intelecto reemplaza a los griegos y se adueña del escenario histórico.

En suma, *Fundamentos de la filosofía griega* confirma con profundidad y galanura, la rica erudición del viejo Zeller, que lleva de la ma-

NADRA Y LAS VIAS DE LA REVOLUCION PACIFICA

Se propone en este breve ensayo esclarecer el camino justo para lograr la transformación económico-social de un país hacia el socialismo.

Dado el tópico propuesto no se ahonda teóricamente el problema de la revolución burguesa, ni se hace distinción con lo que se ha dado en caracterizar como democrático-agraria y antiimperialista, y si éstas encajan en aquélla o si es igual a la nacional-libertadora.

Determina la concepción de Marx-Engels sobre la revolución para una etapa del capitalismo, señalando luego las diferencias existentes con el desarrollo social actual, con la marcada preponderancia del capitalismo financiero monopolista, que posibilita la rea-

lización revolucionaria en países aislados o en un solo, como en 1917.

no al lector y lo introduce triunfalmente en todos los problemas de la filosofía helénica, desde los grandes creadores hasta las pequeñas sectas en que se disgregaron los sistemas más importantes. Pero no es sólo la experiencia del estudioso la que atrae en este volumen, es también su pasión contenida, subrayada apenas en muchos pasajes en que la vida del pensamiento trasunta no ya la búsqueda afanosa sino además la tragedia de los hombres y los pueblos.— A. R.

lización revolucionaria en países aislados o en un solo, como en 1917.

Recuerda que las revoluciones no se hacen por encargo ni son producto de exportación, sino cuando existen condiciones objetivas y subjetivas que la hagan posible, y cuando la clase dominante no puede ya gobernar.

El autor centra su interés en los sucesos y corrientes revolucionarias en países de menor desenvolvimiento industrial, que constituyen los centros de predominio de los países imperialistas, América, Asia, África, y que es en donde más se han planteado problemas teóricos y prácticos acerca del camino elegido o que debe emprenderse para una acción transformadora. Así señala las perniciosas elucubraciones de Debray (aunque se supone que Nadra no atribuirá a éste más importancia que el de mero y me-

diocre expositor), sobre el papel de las masas, organizadas en partido como vanguardia dirigente. Sobre el problema de la espontaneidad e improvisación para la acción, que ha dado lugar a sostenedores aún dentro del campo marxista, dedica referencias que tienden a caracterizar esas tendencias como anti-revolucionarias y que han causado sensibles pérdidas.

Hubiera resultado más clara la elucidación de estos tópicos si Nadra hubiera incursionado, aún a grandes rasgos, en el aspecto histórico de las desviaciones teóricas, Berstein, Kautsky, Trotsky, para llegar a los más variados y heterogéneos expositores actuales, Althusser, Godelier, Marcuse, entre otros, con lo que hubiera facilitado al lector su ubicación dentro de esas corrientes, al par que haber desentrañado su raíz en el viejo y desacreditado campo reformista.

Esa omisión puede suplirse con la consulta de las obras que el autor cita: *Sobre el Derecho a la Autodeterminación*, y *El izquierdismo...* de Lenin, a los que habría que agregar: *¿Qué Hacer?*

Luego se refiere a las vías pacíficas de la revolución, tratadas con demasiada brevedad para haber logrado una exposición adecuada a las críticas que se le formulan a esa posición. La mayoría de sus objetadores han caído en el desvarío de la violencia continuada, incitando a la acción espontánea de las masas bajo la dirección de

caudillos o guías, queriendo así suplir la dirección de los partidos como vanguardia dirigente. Además, tales expositores, subestiman las condiciones objetivas y subjetivas sociales, suponiendo que pueden ser maduras artificialmente mediante acciones rebeldes.

Es indudable que aun los que no coinciden con tales posiciones, formulan críticas a la llamada vía pacífica de transformación social, pues, si las tendencias generales del capitalismo, comprendida su última etapa, llevan a la agudización de sus contradicciones, es incuestionable que se marcha hacia una condición de la revolución, y no de la solución pacífica. No se puede citar ejemplo alguno de transformación social sin intervención revolucionaria, cuya violencia está en razón del grado de resistencia de la clase oponente.

Esto no ha significado impedimento para aprovechar todas las posibilidades ofrecidas dentro del marco democrático burgués para demostrar las inconsecuencias resultantes de tal forma político-social.

Así lo trasluce el autor al tratar las condiciones de la revolución, a cuyo objeto transcribe pasajes de distintos autores con el fin de ilustrar al lector de que no toda rebelión o violencia o guerrilla en sí y por sí, constituye un medio revolucionario de transformación social. — J. E. R.

EL FRACASO DE LA ECONOMIA LIBERAL

En un breve trabajo homónimo, le escritora Joan Robinson (edic. Siglo XXI), pone al desnudo la falencia de la economía burguesa, referida a ingresos, precios, balanza comercial, finanzas internacionales, monopolio y competencia, y un post-scriptum sobre la crisis inglesa de 1966.

No es un estudio teórico de orden general, sino circunscripto al problema británico, de ahí sus limitaciones.

La economía liberal y el liberalismo en sus distintos aspectos han merecido comentarios encontrados. Los grandes países industriales ca-

LA EXPLOSION DEMOGRAFICA

En un reciente viaje a la Argentina el presidente del Banco Mundial formuló una ampulosa declaración en la que con evidente hipocresía y carencia de humor negó que fuese el propósito de ese organismo exigir como condición previa para conceder préstamos a los países subdesarrollados que éstos se obligasen a aplicar medios artificiales de control demográfico. "Pero —agregó— como consejeros de políticas de desarrollo y asociados de esos programas es nuestro deber señalar las graves limitaciones que los aumentos demasiado rápidos de

pitalistas sepultaron sus postulados a fines del siglo pasado, pero los "dejaron" subsistente en los países dependientes revistiéndolos de nuevo ropaje para encubrir la mercadería averiada.

Después de la segunda guerra mundial, algunos teóricos redivivos que sorprenden a los incautos se lanzaron a una prédica supuestamente liberal, recogida en nuestro medio por epígonos interesados ligados a inversores y monopolistas extranjeros.

El análisis de la crisis de 1966 en Inglaterra, bajo el gobierno laborista demuestra el total fracaso de la política liberal aunque se haga en nombre de un partido político que abandonó el camino de una transformación social integral. J.E.

la población imponen al progreso económico".

Esto significa el retorno al neomaltusianismo, estudiado por el profesor chileno Jorge Iván Hübner Gallo en su libro *El mito de la explosión demográfica*, particularmente bien documentado aunque flojo en sus conclusiones doctrinarias.

"El viejo y repetido argumento maltusiano —dice el citado autor— tantas veces refutado por la doctrina y por los hechos, de que el crecimiento de la población es más rápido que el aumento de las subsistencias, ha sido reeditado en la actualidad bajo un nuevo y pretencioso ropaje. Estadistas de habla inglesa, expertos de organismos

internacionales y propagandistas de la "planificación de la familia", difunden por todo el mundo su última consigna: La "explosión demográfica" frena el "desarrollo económico", en términos que ni siquiera la ayuda extranjera puede contrarrestar.

Lo cierto es que McNamara — que no es tan inocente como algunos de sus compatriotas creen ni tan original como los enemigos suponen— tiene en la materia antecedentes ilustres y no menos perversos. Ya el ex presidente Kennedy decía en 1961 en un mensaje al Congreso de su país: "La magnitud del problema es sobrecogedora. En América latina, por ejemplo, el crecimiento de la población está amenazando con superar el ritmo de desarrollo económico y en algunas regiones del continente los niveles de vida están realmente declinando." Por su parte, Eisenhower en 1963 manifestaba: "No hay progreso real ni seguridad para una nación que, con ayuda extranjera, eleva su capacidad de producción en dos por ciento al año mientras su población crece el tres por ciento".

Otro entusiasta defensor de la planificación familiar, Eugenio Black, banquero americano, expresó en 1964 que la superpoblación era "uno de los principales agentes de retraso, a largo plazo, dentro del desarrollo de las naciones deseosas de progreso en América latina, Asia y Africa".

Si analizamos —dice Hübner Gallo— la cuestión tanto en su teo-

ría como a la luz de la experiencia histórica, nos veremos abocados a concluir que la afirmación de que el acelerado incremento demográfico frena el desarrollo económico, carece de fundamento sólido. En efecto, en teoría, esta tesis se apoya, en el fondo, con un moderno aparato estadístico y matemático, en el arcaico principio de las poblaciones de Malthus. Pues bien, se ha demostrado hasta la saciedad —sostiene el autor— que la población no crece indefinidamente con el mismo ritmo, como creyó Roca entre nosotros, y que tampoco los recursos aumentan en menor medida que las necesidades.

Marx y Engels señalaron que la superpoblación y la miseria a ella vinculada, que afecta a las masas populares, se deben al régimen capitalista. Así quedaba al descubierto el carácter reaccionario de la ley de Malthus. El progreso de la ciencia aplicado a la técnica impulsa el aumento enorme de las fuerzas productivas y permite que el rendimiento de la producción social se acrecienta con una rapidez mayor que la del aumento de la población.

Hübner Gallo no comprende así el asunto porque su condición de creyente y católico le impiden colocar el problema de la explosión demográfica en su verdadera perspectiva social y política. No obstante, entiende muy bien la trampa de los ideólogos occidentales y cristianos cuando asegura que ha llegado la hora de recibir con las reservas que merecen las especulaciones estadísticas de ciertos expertos

y no dejarse arrastrar por ese nuevo mito de que un sano y normal incremento demográfico de los pueblos sea nocivo para su desarrollo integral.

El gobierno de los Estados Unidos aparece como guía y orientador de esta campaña en favor del control de la natalidad. Otros países, en particular Inglaterra y Suecia colaboran, indirecta y suciamente en esta tarea. Los efectos de una propaganda insidiosa y de una "ayuda" tan sospechosa se hacen sentir en la India, Japón y los países árabes. En algunos casos, como en la primera de las naciones nombradas, se cometen verdaderas herejías contra la especie sometiendo a los individuos a mutilaciones y esterilizaciones que superan en extensión y en sus consecuencias a las que se realizaron durante la última guerra y su período previo en Alemania.

El autor del libro que nos ocupa, que no puede ser tachado de simpatizante del marxismo, declara a este respecto, con plena conciencia del problema: "Desde hace algunos años los círculos dirigentes de Estados Unidos se han venido convenciendo de que el rápido aumento de la población en Hispanoamérica, en Asia y África constituye no sólo un supuesto obstáculo para el desarrollo económico de las regiones respectivas sino una fuente de inquietudes revolucionarias y de problemas de todo orden que, en último término, pueden comprometer seriamente el bienestar y aun la seguridad de la Nación. Esta convicción

parece haberse convertido en una verdadera psicosis de pánico, que está impulsando a esos dirigentes, en forma cada vez más decidida a valerse de todos los medios posibles para limitar el crecimiento demográfico del tercer mundo".

Tal es el estado de descomposición del capitalismo imperialista que para defenderse apela a toda clase de recursos e incluso está dispuesto a cegar la fuente de la vida que lo amenaza. En el plano histórico esto ya es inútil porque "la segur está colocada junto a la raíz", y en el científico autores norteamericanos, como Arthur Salter, sostienen que se cuenta con los recursos materiales y la indispensable capacidad para concretar el bienestar de la humanidad y hasta de una población varias veces mayor que la actual y en un nivel mucho más elevado que el presente. En ese sentido el economista australiano, Colin Clark, que tampoco es marxista, afirma en *Population Growth and Land Use*, en base a cálculos sólidamente fundados, que la tierra puede nutrir con los recursos técnicos que hoy posee, a una población de 47 mil millones de personas dentro de un nivel de vida semejante al de los norteamericanos bien comidos y bien vestidos.

La planificación familiar es a todas luces la trampa mortal con que el capitalismo espera controlar el avance revolucionario de las masas explotadas y sometidas a su influencia, un recurso, en cierto aspecto, más peligroso que las armas

nucleares por las consecuencias funestas que puede acarrear si los pueblos que luchan por emerger a

la vida histórica no defienden energicamente el acceso a la riqueza que su esfuerzo produce.

LA VISION DIALECTICA DE LOS FILOSOFOS JONICOS

Que la filosofía griega haya surgido en Mileto no se debe ciertamente a una circunstancia fortuita. Al contrario, los datos históricos indican que allí estaban dadas las condiciones objetivas para que se produjera este hecho, el cual no tiene explicación plausible más que observándolo a la luz de la situación económica y social de esa región. En efecto, a partir del siglo VIII de la era antigua, Mileto se afianza comercialmente y se convierte en rival afortunada de Tiro y Cártago; funda numerosas colonias en el Mar Negro, en Tracia y en la zona del delta egipcio. Sus cuatro puertos concentraban la comercialización de trigo, pieles, pescado seco y esclavos. Todo el Mediterráneo, hasta las columnas de Hércules, fue tributario de este emporio, que después habría de trasladarse a Atenas, y en el que Alfred Zimmern pretende ver un lejano antecedente del Commonwealth británico, ejemplo que es bastante modesto si se refiere a la explotación económica que los empresarios griegos realizaron durante la época de su predominio.

A aquel lugar del mundo, tenue

línea divisoria de Oriente y Occidente, afluí a no sólo la riqueza, sino también la cultura de los viejos países vecinos: los pueblos de la Mesopotamia, Egipto y otros más lejanos, talvez, volcaron sus aportes en el crisol de Mileto, y sin saberlo, como dice Gomperz en *Pensadores Griegos I, 73*, se hallaban ellos al servicio de la ciencia griega. Así, "apoyándose en el trabajo preliminar de los egipcios y babilonios pudo el genio griego encumbrarse libre de todo impedimento y atreverse a emprender un vuelo que debía llevarlo a las más altas metas".

Tales es considerado como el precursor de esta filosofía, materialista por su origen y dinámica por su aceptación de una sustancia única —el agua— que es la fuente de todo cuanto llega a ser y perecer para volver a comenzar el eterno ciclo de la vida. Con este pensador, la especulación griega adquiere jerarquía y se racionaliza; el mito de los viejos poetas y de las cosmogonías arcaicas queda relegado a un componente exclusivo de la religión popular, tal como acontece en Hesíodo y en los bardos legendarios del tipo de Orfeo y Museo.

Tales no ha dejado escrito alguno, pero una referencia de Aristóteles, contenida en *De Caelo 294a 28*, brinda suficiente margen para

aceptar la tendencia materialista de su pensamiento. "Otros dicen —manifiesta el Estagirita— que la tierra reposa sobre el agua. Esta es, en verdad, la más vieja teoría que ha sido preservada, y le es atribuida a Tales de Mileto".

Farrington —*Greek Science*, pág. 37— sostiene que la proposición de Tales transfiere a otro plano mental una frase de un viejo relato de la cosmogonía babilónica en la que Marduk hacía surgir el mundo del agua. Este mito se basaba en la situación real de países que debían luchar para controlar la naturaleza. El problema del agua resultaba para ellos fundamental por su ausencia o abundancia, es decir, la vida dependía de las técnicas que permitían lograr su aprovechamiento y evitar las catástrofes que solían ocasionar las frecuentes inundaciones.

La leyenda decía que "toda la tierra era agua... Marduk reunió una estera de juncos sobre la superficie del agua; hizo el lodo y lo acumuló junto a la estera". Tales, según reflexiona Farrington, omitió a Marduk y de este modo lo que era un cuento infantil se convirtió en un principio filosófico. Esta sería la expresión exterior aparente del problema. Sin embargo, es evidente que la eliminación del nombre de la divinidad no bastaba para producir un cambio tan fundamental. Parece más fácil suponer que Tales, sin necesidad de apelar a un rodeo innecesario, pudo concluir de la observación em-

pírica que todo lo viviente surge del agua. La supresión de Marduk exigía, asimismo, en la intención del filósofo, la de todo agente externo a la *physis*. El cambio de óptica introducido por Tales indica una madurez reflexiva que no se apoya en el mito para superarlo sino que lo soslaya; convierte, por el contrario, a la naturaleza en la materia en movimiento y es ésta la conquista más importante que el balbuceo filosófico del milesio ha legado a sus sucesores inmediatos. El proceso de abstracción se realiza en él sin sacrificar la objetividad del devenir. Sus preocupaciones astronómicas y matemáticas confirman su intento de dar coherencia a un esbozo de concepción materialista del mundo, la que, de acuerdo con todas las apariencias no hace más que reflejar el estado económico y social de su época. Su filosofía intelectualizó las relaciones de un nuevo mundo surgido también, como la vida que él observó, del agua. El imperio comercial de Mileto flotaba sobre el mar, igual que la tierra a la que él otorgaba la forma de un disco. Sus descubrimientos, en las diversas disciplinas que trató con criterio práctico, sin descuidar la política, tienden todos a apuntalar teóricamente aquel tímido ensayo de sociedad burguesa, que es la infraestructura de su pensamiento.

Anaximandro, el segundo gran nombre en la filosofía jónica, pasa por ser discípulo de Tales. Se interesó por la astronomía, la geografía y la biología. Se le adjudica la concepción de un mapa y una carta ce-

leste, muy rudimentarios, que, posiblemente, fueron de mucha utilidad para los mercaderes milesios.

Según el testimonio de algunos doxógrafos Anaximandro fue el primer griego que publicó un libro titulado *Sobre el naturaleza*, el que habría sido conocido por Aristóteles y Teofrasto. El principio de las cosas, el *arjé*, que de acuerdo con Aristóteles buscaban estos primeros filósofos o fisiólogos, Anaximandro lo llamó lo *ápeiron*, es decir, lo indeterminado, de lo cual se ha originado todo lo existente. Simplicio ha conservado el único fragmento de este pensador milesio, pero como lo ha parafraseado, quedan algunas dudas sobre la exactitud de su sentido.

Lo *ápeiron* o lo indeterminado se halla dotado de movimiento, según se deduce de la afirmación del propio filósofo. Como consecuencia de tal movimiento se desprendieron de lo *ápeiron* los opuestos: lo caliente, lo seco, lo húmedo y lo frío, elementos que constituyen el universo y que dan origen al fuego, al aire, el agua y la tierra.

La teoría cosmológica de Anaximandro se apoya, según Thomson, en tres ideas preconcebidas que son, el origen común, el movimiento perpetuo, y el conflicto de los opuestos, todo lo cual configura una concepción dialéctica todavía informe pero expresada ya con cierta coherencia lógica. La idea básica de una materia infinita e indefinida, supuesta como trasfondo del gran proceso de la naturaleza, de la que todo surge y a la que todo retorna, tiene

un gran valor teórico para su tiempo. La noción de conflicto, por su parte, retomada y profundizada después por Heráclito, parece reflejar la lucha enconada que la burguesía mercantil de su tiempo sostuvo para imponer su hegemonía y conservarla luego frente a la competencia creciente de los pueblos vecinos.

En el fragmento que Simplicio adjudica a Anaximandro se ha creído ver la influencia del pensamiento arcaico y éste representaría originariamente la proyección de la estructura de la sociedad tribal sobre el nuevo orden en el momento en que aquélla se disuelve. De este modo la frase "dar satisfacción" que se lee en el pasaje aludido, podría ser una referencia al arreglo de las disputas entre las clases rivales.

Thomson, que otorga a algunas partes del fragmento de Anaximandro una interpretación demasiado apegada al pasado tribal griego, insiste en que el pensador milesio consideraba el conflicto de los opuestos como un proceso dentro del cual los elementos se interpenetraban recíprocamente y perdían así identidad al reabsorberse en la forma indiferenciada de la materia de la que surgieron. Esto sería lo que se pretende decir cuando el filósofo observa que las cosas "se dan satisfacción mutua por sus injusticias según el orden del tiempo".

La visión dialéctica que se forja Thomson de Anaximandro es retrospectiva y aunque ello no disminuye su valor, tampoco logra apreciar las hondas sugerencias que éste

recibió de la comunidad mercantil a la que ideológicamente representaba. Thomson concede, por otra parte, en efecto, que el universo a que alude el milesio está en continuo movimiento, el que toma la forma de una serie de acciones cíclicas —lo frío y lo caliente, lo húmedo y lo seco— que prevalecen alternativamente la una sobre la otra produciendo así el verano y el invierno, la primavera y el otoño en el transcurso del año.

Anaxímenes, el tercer y último pensador de la escuela milesia, es también monista como sus antecesores, pero en lugar del agua o de lo indeterminado creyó que el principio del cual todo surge y al que todo vuelve era el aire o *pneuma*. Los cambios provocados por esta sustancia primordial se deben a la rarefacción y condensación, un valioso aporte del pensamiento jónico.

Se observa —expresa Farrington— al seguir a esta sucesión de pensadores, cómo su lógica, el contenido de sus ideas y su poder de abstracción acrecen a medida que profundizan el problema. Representó un gran avance para la especulación filosófica cuando Tales redujo la apariencia múltiple de las cosas a un primer principio. Otro gran paso lo dio Anaximandro al elegir como principio no una forma visible de las cosas —el agua— sino un concepto como lo indeterminado. Mas, Anaxímenes no se mostró satisfecho ante estos resultados. Anaximandro, en verdad, al tratar de explicar el surgimiento de las diferentes cosas a partir de lo indeter-

minado recurría simplemente a una metáfora; sostenía que se trataba de un proceso de separación simplemente. Anaxímenes advirtió que el problema era más complejo y anticipó las ideas complementarias de rarefacción y condensación, que explicaban de qué manera los cambios cuantitativos podían convertirse en cualitativos. Es decir, se cumple así el primer paso en el desarrollo interno de la dialéctica con la aparición del concepto de salto cualitativo; de la observación de lo empírico se llega al descubrimiento de un principio abstracto sin que desaparezca la conexión entre ambos dominios.

Es interesante destacar cómo en esta visión dinámica de la naturaleza que ofrecen los jónios gravitan elementos históricos que los investigadores del pasado no habían tenido en cuenta al explicar el desarrollo de la filosofía griega. Thomson, en cambio, señala que esta dialéctica primitiva ha surgido al proyectarse la ideología de las nuevas clases sociales y sus relaciones sobre los cambiantes fenómenos de producción e intercambio que modificaban la estructura de la vieja sociedad; Farrington, por su parte, considera que esta concepción materialista de los primeros filósofos jónios se debió a la importancia gradual que adquirieron las técnicas y los oficios a medida que se perfeccionaban las herramientas y los productos de la artesanía. Asegura así que en la cosmología de Anaximandro hay “reminiscencias del taller del alfarero y del herrero”. Guthrie, por lo

demás, en su libro *A History of Greek Philosophy, I*, 139., que se halla en una línea intelectual que no coincide con la de los nombrados, asegura sobre Anaxímenes lo siguiente: “La vívida imaginación que se la atribuye sugiere que era un hombre interesado en la vida de sus conciudadanos y observador de sus tareas diarias, que seguía también de cerca los más excitantes y atrayentes fenómenos de la naturaleza, aunque probablemente no de la manera paciente y esforzada que es propia del científico riguroso. El aire se siente como la lana; la tierra le recuerda una mesa; el sol que gira y la luna, las hojas que el viento arrebata en remolino, y las

estrellas le traen a la memoria quizá los clavos o remaches. Evoca el brillo fosforescente que despierta la paleta del remo cuando éste surge del agua y los tenues colores que ha visto aparecer a la luz de la luna llena”.

La etapa alcanzada por los milesios no logró superar sus dificultades; por el contrario, puede decirse que complicó sus propias tesis, pues no encontraron respuesta para los interrogantes que planteaban sus doctrinas. Sin embargo, su dialéctica, volcada sobre el mundo externo, había abierto perspectivas inmensas.

Eduardo Antebes

UN TRABAJO UTIL SOBRE LAS MALVINAS

Puede decirse que *El reto de las Malvinas*, pequeño trabajo referente al archipiélago en litigio, que Ronald K. Crosby acaba de publicar, es en verdad el documento que faltaba sobre el tema. En efecto, por primera vez, que sepamos, se pone al alcance del público argentino una reseña actualizada sobre la realidad económica y humana que representan las islas y de qué índole son los vínculos que las mantienen supeditadas al Reino Unido.

El señor Crosby es argentino, de ascendencia británica, médico veterinario de profesión y conocedor,

por tanto, de las tareas rurales. Ha tenido acceso directo a los datos que elabora en excelente síntesis. Nos ofrece así un cuadro inédito de ese territorio argentino, todavía irredento, por culpa de las débiles protestas y las lánguidas gestiones diplomáticas ya centenarias, y de su riqueza, constituida por ganado ovino particularmente, el que absorbe la actividad de cerca de treinta estancias que acaparan la tierra disponible.

“No me detengo —dice el autor—, en consideraciones de carácter histórico, ya que este tema ha sido muy bien tratado en varios textos; en la mente de quienes conocen a fondo el problema no existen dudas con respecto a la legiti-

midad de las reclamaciones del gobierno argentino sobre la soberanía del archipiélago”.

El único recurso natural de las islas que puede explotarse económicamente es el tapiz vegetal, que cubre alrededor de 1.200.000 hectáreas, las cuales alimentan a más de 600.000 ovinos, que producen, a su vez, 2.235.000 kilogramos de lana, con un valor neto anual de 800 millones de pesos.

La tierra se halla en poder de diversas sociedades anónimas, entre las que se destaca la Falkland Island Company, la que controla el 46 por ciento del suelo y monopoliza, en consecuencia, el comercio de la lana, al punto de que de las 29 estancias existentes sólo cuatro han podido evitar venderle la producción.

Las islas tenían 2.172 habitantes según el censo de 1962 y debe observarse que la cantidad de varones superaba a las mujeres. El idioma que se habla es el inglés y son muy pocas las personas que conocen el castellano.

El archipiélago carece prácticamente de caminos interiores; además, el único puerto del continente con el cual mantiene comunicación es el de Montevideo, que dista a 1.600 kilómetros.

El sistema de educación es bastante modesto. De acuerdo con el autor, aproximadamente 350 niños de 5 a 15 años de edad reciben una enseñanza que, en general, es inferior a nuestro ciclo primario.

Dos alumnos por año son becados para proseguir estudios en Gran Bretaña. Los restantes tienen opción, siempre que cuenten con los recursos necesarios, para concurrir a los colegios ingleses de Montevideo. En caso contrario deben conformarse con un nivel de escolaridad que no los habilita para aspirar a cargos públicos; éstos son ocupados, casi sin excepción, por ingleses de origen, lo que ocasiona no pocos resentimientos.

La gente joven y ambiciosa emigra del territorio en busca de mejores horizontes, pues las perspectivas dentro de él son tan limitadas que no pueden satisfacer las mínimas exigencias de la vida humana. No obstante, el señor Crosby reconoce que los sueldos y jornales son elevados aún para tareas modestas, en particular, porque los productos de primera necesidad no pagan impuestos y las oportunidades de gastar el dinero no existen, como no sea en el alcohol, tendencia que se ha acentuado últimamente.

De los dos mil habitantes Crosby señala que 1450 son auténticos malvineros. Sostiene que es difícil generalizar su actitud hacia los argentinos, pero él los ha dividido en cuatro sectores que distinguen del siguiente modo:

1) Un grupo de personas responsables que se opone a que las islas se reintegren al territorio argentino, por razones que, aunque equivocadas, son, por lo menos, productos de su propia reflexión.

El grupo tiene muy poca información sobre la Argentina, de manera que se le pueden disculpar algunos prejuicios. Además, están dispuestos a dialogar.

2) Un grupo que carece de ideas propias y no quiere apartarse de la seguridad que brinda al mediocre el contarse entre la mayoría.

3) Un pequeño grupo compuesto de personas responsables que está dispuesto a dialogar con nosotros y si bien tiene reservas, se da cuenta que el anexarse al territorio argentino sería ventajoso para todo el archipiélago.

4) También existe un pequeño grupo de oportunistas dispuesto a sacar provecho de todo cambio de gobierno.

El autor afirma que las islas deben pasar a manos argentinas en forma inmediata y definitiva. Toda propuesta de condominio o

entrega paulatina —insiste— es inaceptable, no sólo por razones de principios, sino porque crearía un estado de tal confusión que llevaría al caos.

Como corolario propone una serie de sugerencias para que los habitantes del mencionado territorio se incorporen gradualmente a la vida cívica, económica y educativa argentina, dictadas por la observación directa del estado general en que se hallan los pobladores de aquel jirón de suelo nacional que debe ser recuperado sin tardanza.

Se trata, en suma, de un trabajo de interés, rigurosamente actual, puesto que ofrece una información de primera mano sobre aspectos ignorados de las Malvinas, valiosa para orientar la posición de los argentinos en este momento en que asoman algunas tentativas que quieren convertir el litigio en una página folklórica. — A. R.

POESIA PARAGUAYA

Luis María Martínez es un autor paraguayo que ha publicado varios volúmenes de poesía muy bien recibidos por la crítica. Ahora vuelve a hacerse presente con un pequeño libro, *Arder, es la palabra*, de acento inspirado y de intencionado tono político. Trasun-

ta con vibrante estro la experiencia dramática de su país y da expresión a su espíritu rebelde. Su voz restalla vigorosamente y la protesta social desaloja, a veces, el lirismo para volcarse con ardor contra el conformismo, la existencia oscura y la pasiva aceptación de un enrarecido horizonte espiritual. — A. R.

CUENTIPOEMAS PARA CAROLINA

En la librería de Las Naciones
(ex librería del Colegio), Alsina y

Bolívar, será presentado, el viernes 6 de diciembre, el libro de la profesora Ana M. Zabaloy de Iranzi, *Cuentipoemas para Carolina* (Edit. Candil), una nueva expresión de poesía infantil.

LIBROS RECIBIDOS

Astrada Carlos, *La génesis de la dialéctica* (Juárez Editor.).

Llanos Alfredo, *Los presocráticos y sus fragmentos* (Juárez Editor.).

Zeller Eduard, *Fundamentos de la filosofía griega* (Siglo Veinte).

Mariátegui José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Amauta).

Marx Carlos, *Manuscritos de 1844. Economía política y filosofía*. (Arandu).

Marx Carlos, *Manuscritos. Economía y filosofía* (Alianza Editorial).

Farrington Benjamín, *La rebelión de Epicuro*. (Ed. Cultura Popular).

Hübner Gallo Jorge Iván, *El mito de la explosión demográfica* (J. Almendros Editor.).

Lima Quintana Hamlet, *La armonía de los cuerpos* (poesía), (Ed. Lagos).

Cohn-Bendit D., *La imaginación al poder* (Insurrexit).

Menguy Marc, *La economía de la China Popular* (Nuevos Esquemas).

Egles Ricardo, *Islas* (poesía).

Herman Kai, *Los estudiantes en rebeldía* (Rialp).

Sampay Arturo Enrique, *Ideas para la revolución de nuestro tiempo en la Argentina*. (Juárez Editor S.A.).

Crosby Ronald K., *El reto de las Malvinas* (Plus Ultra).

Zabaloy de Iranzi Ana M., *Cuentipoemas para Carolina* (Ed. El Candil).

LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA

“PLATERO”

*Derecho - Economía - Sociología - Política - Historia
y Literatura Argentina y Americana - Libros
Agotados y Raros*

ENVIENOS LA LISTA DE SU INTERES

SOLICITE NUESTROS CATALOGOS

Y LOS DE LA EDITORIAL DEVENIR

TALCAHUANO 468

T. E. 40 - 2012

Buenos Aires — República Argentina

Valoración de la Fenomenología del Espíritu

DIVERSOS ENSAYOS SOBRE LA GRAN OBRA DE HEGEL,
SEGUN EL ENFOQUE DE CARLOS ASTRADA Y DE
OTROS ESPECIALISTAS

TALCAHUANO 468

EDITORIAL DEVENIR

EDITORIAL DEVENIR

- Astrada, Carlos*: EL MITO GAUCHO - Moderna valoración del MARTIN FIERRO \$ 300.—
- Astrada, Carlos*: DIALECTICA Y POSITIVISMO LOGICO \$ 250.—
- Llanos, Alfredo*: DEMOCRITO Y EL MATERIALISMO, con traducción completa de los fragmentos \$ 250.—
- Marx, Carlos*: DIFERENCIA EN LA FILOSOFIA DE LA NATURALEZA EN DEMOCRITO Y EN EPICURO (Tesis Doctoral). Primera traducción castellana \$ 250.—
- Raed, José*: ROSAS Y EL CONSUL GENERAL INGLÉS. Las Condecoraciones \$ 350.—
- Codina, Iverna*: AMERICA EN LA NOVELA \$ 250.—
- Andrade, Olegario V.*: LAS DOS POLITICAS CONSIDERACIONES DE ACTUALIDAD . \$ 150.—
- Llanos Alfredo*: ACTUALIDAD DE ROUSSEAU \$ 100.—

SOLICITE LOS LIBROS DE NUESTRO SELLO EN LAS
LIBRERIAS DE TODO EL PAIS